

DUKE

EN LUCHA CONTRA

X



se

Fig
J. FIGUEROA
CAMPOS

Lectulandia

Séptima aventura de Duke, de J. Figueroa Campos, pseudónimo de José Mallorquí; trataba el género policíaco y de aventuras, presentando una curiosa mezcla del Jim Wallace, de Nick Carter, y de Doc Savage. Duke Straley, era un millonario neoyorquino, que dedicaba su ocio a resolver entuertos, ayudado, claro, por Elizabeth Straley, Bob Dennison, Susana Cortiz, Max Mehl y otros. El hecho de que el personaje fuera extranjero, y de que sus aventuras transcurrieran en los Estados Unidos, otorgaba cierto encanto que con otros héroes se había perdido.

Lectulandia

J. Figueroa Campos

Duke en lucha contra X

Duke - 7

ePub r1.0

FLeCos 17.07.16

Título original: *Duke en lucha contra X*

J. Figueroa Campos, 1945

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

RUMBO A NUEVA YORK

—¿De veras cree, señor Straley, que está bien que una muchacha como yo le acompañe a Nueva York y se disponga a convertirse en su secretaria?

—Desde luego —replicó Duke—. Si no fuese usted quien es y como es, yo sería el primero en asegurar que no estaba bien que me acompañase...

Susana Cortiz acaricióse los labios con el dedo índice de la mano izquierda y, por fin, comentó:

—Tengo la impresión de que eso ha sido un piropo.

—Prospera usted mucho en su aprendizaje del detectivismo, señorita —replicó Duke.

—Al lado de tan gran maestro es imposible no prosperar o progresar. Y esto también es un piropo.

—Que yo le agradezco con toda mi alma.

—Eso es mentira, usted no agradece los piropos.

—Está usted en un error, señorita Cortiz. Si no me gustase que me alabaran no me habría dedicado a hacer de detective.

—Ya supongo que no lo hace para ganar dinero. Pero tampoco comprendo por qué ha decidido que yo le acompañe a Nueva York. Me ofrece usted un sueldo tan fabuloso que hasta una multimillonaria aceptaría.

—Usted tardó mucho en decidirse.

—Porque vi que estaba dispuesto a seguir insistiendo —rió Susana.

—Ha cometido usted un error. Una mujer no debe descubrir nunca su juego. Además quita importancia a mi triunfo y me hace sentir un poco *tonto*.

—Mientras la tontería sea poca no debe usted preocuparse. Pero aún no ha contestado usted a mi pregunta. ¿Por qué me ha ofrecido un sueldo tan importante?

—Porque no vi otra solución para hacer que me acompañase a Nueva York. Y yo no podía continuar por más tiempo en San Francisco.

Susana Cortiz dirigió una pensativa mirada a Duke Straley. Le había conocido en ocasión del misterio que resolvió con ayuda de los cuarenta jóvenes detectives, se afirmó su amistad en el de las tres llamadas de la muerte que siguieron a la formidable intervención de Duke en el misterio de los diez dragones de Confucio que formaban la trilogía de su formidable actuación en San Francisco. Ahora, de regreso a la ciudad que era hogar de Duke, éste no había podido resistir la idea de separarse de Susana Cortiz, e ignorando que ésta le habría seguido aún sin ganar nada, le ofreció un tentador sueldo.

—Yo necesito un abogado que me aconseje —explicó, queriendo justificar su oferta—. Usted es inteligente y moderna... En realidad me hace un gran favor.

Quizá porque Susana esperaba otra petición, las palabras de Duke no la alegraron mucho ni la produjeron la misma emoción que le hubiesen causado otras palabras muy distintas.

—¿Se imagina por qué he aceptado? —preguntó, de súbito.

—Supongo que por haberle ofrecido un buen negocio —sonrió Duke.

—Error. He aceptado porque me interesa ir a ver qué importancia tiene mi herencia.

—¿Qué herencia? —preguntó Duke.

—La de un tío mío. Tenga.

Abriendo su bolso, Susana tendió a Duke una carta. Procedía de Billings, Billings, Billings y Brown, notarios y abogados de Trenton, Nueva Jersey.

—¡Vaya una marca de fábrica! —comentó Duke—. El pobre Brown debe encontrarse perdido entre tanto Billings. ¿Cómo fue que se metió en la familia?

—No fue él, sino los Billings los que se metieron en su organización —explicó Susana—. Brown es un vejo loco, y como en nuestra patria hay un sin fin de viejos locos, por atracción de caracteres todos acudían a él, inundándole de trabajo. Conoció al mayor de los Billings y lo asoció. Cuando el segundo Billings alcanzó la edad debida, también fue asociado a Brown, y lo mismo hizo el tercero. Ahora en la firma hay tres Billings sensatos y un Brown que se pasa la vida en una continua juerga. Va a todas partes y él es quien surte de clientes a su oficina. Los Billings hacen el trabajo y él se lleva el mérito. No hay quien pueda soportar a los tres Bes; pero en cambio todos los viejos ricos y locos adoran a Brown. Lo cierto es que entre los cuatro forman un grupo formidable en todos los sentidos. No hay mejores abogados en todo el país. Ni mejores notarios. Pero lea la carta.

Dulce leyó:

Querida señorita Cortiz: Ante todo debiera darle el pésame por el fallecimiento de su tío, el señor don Tobías Cortiz, excelente amigo mío cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria; pero, obedeciendo a las instrucciones que a su debido tiempo me dio el señor Cortiz, no le doy el pésame porque, según él, usted no le profesaba ningún cariño y, por lo tanto, no ha de lamentar su muerte. Por ello no le expreso mi condolencia y paso a comunicarle la última voluntad de su señor tío.

En su testamento la nombra a usted heredera absoluta de sus bienes. Dichos bienes se limitan en la actualidad a una casita que en otro tiempo fue depósito de las lanchas que poseyó su tío. Dicha casa se levanta en la costa de la bahía de Barnegat, en una hermosa ensenada. Tanto la faja de tierra que rodea la ensenada, como las aguas de dicha ensenada, se incluyen en la herencia. El terreno se reduce a una faja de arenosas dunas de unos doscientos cincuenta metros de anchura, rodeada por una cerca de espino artificial. Su tío proyectaba levantar

allí un hotel para turistas; pero sus enormes pérdidas en el crack bancario del 1929 le arruinaron totalmente, impidiéndole realizar sus deseos. Desde entonces vivió en Gull's Nest, que así se llama la finca, hasta el momento de su muerte, que, como usted ya sabe, ocurrió cuando se trasladaba desde el yate de los señores Prince a su casa.

Respecto al valor de la finca debo comunicarle que es muy escaso y que para los efectos del pago de los derechos reales ha sido tasado en ochocientos dólares, aunque es posible que su valor real llegue a los mil quinientos, suma en la que estamos seguros de poderla vender a alguna asociación de pescadores.

Esperamos su visita y le comunicamos que hemos abonado ya en su nombre la suma de doscientos sesenta y tres dólares con treinta y siete centavos en concepto de derechos reales, cantidad que cargamos en su cuenta.

Quedamos de usted, attos y ss. ss.

Por Billings, Billings, Billings y Brown, Ismael Brown.

P. S. En confianza debo comunicarle que su señor tío dijo que si la escogía por heredera lo hacía porque usted era la única que se había atrevido a llamarle imbécil.

—¿Es verdad esto? —preguntó Duke, doblando la carta y devolviéndola a Susana.

—¿Lo de que me nombra heredera? —preguntó la joven.

—No, lo de que le llamó imbécil.

—Sí. Ya sé que por estar muerto yo debería ahora arrepentirme; pero lo cierto es que mi pobre tío estaba muy loco y cuando un loco insiste en vivir en la costa atlántica pudiendo hacerlo en la del Pacífico es que además de loco es imbécil. ¿No opina usted así?

—No conocí a su tío —sonrió Duke.

—Pero conoce California y estará de acuerdo conmigo en que es el mejor y menos merecido de los regalos que nuestros antepasados hicieron a los norteamericanos. ¿Cuál es nuestra próxima etapa?

—Lincoln, luego Omaha y a continuación Des Moines, Iowa y Chicago. Pasaremos allí la noche y mañana daremos el salto hasta Nueva York.

—O sea que ahora estamos a mitad de camino, ¿verdad?

—Poco más o menos, sí.

Debido a las perfectas condiciones de los modernos aparatos de transporte aéreo, casi todos los pasajeros que no tenían otros asuntos interesantes se esforzaban por escuchar cuanto hablaban Duke y Susana; y advirtiéndolo, el famoso investigador interrumpió la charla, entregándose a la lectura de una revista científica, en tanto que Susana Cortiz dedicaba toda su atención a una revista cinematográfica.

Era ya plena noche cuando el avión se posó en el aeródromo municipal de Chicago y los pasajeros que no tenían sitio mejor adonde ir, pudieron quedarse en el

hotel adyacente al campo.

Duke y Susana marcharon a recorrer la ciudad, que la joven no conocía, y después de un paseo en auto por la famosa Lake Shore Drive regresaron al hotel, donde fueron informados de que un caballero deseaba ver a la señorita Cortiz.

—¿Quién puede conocerme en Chicago? —preguntó, extrañada, la joven.

—Sin duda la fama de su belleza la ha precedido hasta aquí —replicó Duke—. No se entretenga; tal vez la aguarda un enamorado.

—Bah, algún vendedor de fajas de goma o cosa por el estilo —comentó Susana—. Debe de haber leído mi nombre en el registro del hotel. Acompañeme.

—Si se trata de una oferta de fajas de goma... temo no poderla acompañar —sonrió Duke.

—Al contrario, le necesito. Así podré presentarlo como la excusa que me impide probarme la faja. Venga.

El que aguardaba en la salita de espera del hotel no tenía aspecto de corredor de fajas de goma. En todo caso sería fabricante de fajas, pues su apariencia era la de un hombre, si no rico, al menos en muy buena posición.

—Señorita Cortiz... —saludó, poniéndose en pie y acudiendo hacia la joven, que le dirigió una interrogadora mirada que el visitante interpretó debidamente, agregando, en seguida—: Permita que me presente, señorita: John Kerbey, de Nueva York.

A su vez, el llamado Kerbey miró interrogadoramente a Duke, y Susana presentó:

—Es... el señor Straley. Un amigo...

—¿Duke Straley? —preguntó con leve curiosidad Kerbey.

—Si.

—Va usted bien acompañada, señorita Cortiz; pero el asunto que me ha movido a venir a verla es de índole reservada, y quizás el señor Straley no tendrá inconveniente en permitirme que lo tratemos en privado.

—No tengo el menor inconveniente, señor Kerbey —respondió Duke—. Precisamente he visto en el vestíbulo el último número del National Geographic, y aunque estoy seguro de encontrarlo en mi domicilio de Nueva York, no puedo resistir la tentación de comprarlo y devorarlo sin perder un segundo.

—Por favor señor Straley —pidió Susana—. No se marche. Aunque se tratara de una faja de goma, prefiero que esté usted delante.

—¿Cómo? —preguntó, extrañado, Kerbey—. ¿Una faja...?

—Es sólo una broma —rió Duke—. La señorita Cortiz es muy aficionada a ellas.

—Lo que tenga que decirme, señor Kerbey, puede oírlo el señor Straley —declaró Susana, fulminando con la mirada a Duke.

—Permítame que insista en que preferiría hablar a solas con usted, señorita —dijo Kerbey.

—Si le interesa mucho hablarme y quiere hacerlo, tendrá que hablar delante del señor Straley. Si no... creo que no le oiré hablar, señor Kerbey.

Este pareció, por un momento, muy molesto y casi a punto de marcharse sin llevar a cabo lo que se había propuesto; pero al fin, haciendo un esfuerzo, declaró:

—Es sólo un asunto de negocios, señorita. Represento a una importante sociedad que desde hace algún tiempo se interesa por ciertos terrenos.

—¿Qué sociedad es ésta? —preguntó Susana.

—Permítame que me reserve su nombre —contestó Kerbey—. De momento confórmese con lo que le digo. Esa sociedad se interesa por unos terrenos que, según nuestros últimos informes, han sido heredados por usted.

Sacando un papelito del bolsillo, John Kerbey fingió leer su contenido, siguiendo:

—Se trata de la Ensenada de Gilbert y de las tierras que la rodean.

—¿Qué ensenada es ésta? —preguntó Susana—. Nunca había oído hablar de ella.

—Es la que le fue legada por su tío. Está situada en la Bahía de Barnegat, al norte de la misma. Se trata de un terreno arenoso, sin vegetación y muy desagradable; pero la sociedad a la que yo represento espera sacar mucho provecho de ese terreno y, por lo tanto, se halla dispuesta a pagar diez mil dólares por él.

—¿Piensa establecer algún hotel? —preguntó Duke.

Kerbey encogióse de hombros.

—Si se llegara a saber ahora lo que piensa hacer la sociedad a la que yo represento con esas tierras, su valor bajaría de tal modo que ni dos mil dólares se considerarían un buen precio. Desde luego no puedo decir nada, como no sea aconsejarle a usted, señorita Cortiz, que acepte la oferta que le hacemos. Nadie le ofrecerá más.

—Mis notarios me aconsejaron que no vendiera esas tierras por menos de veinte mil dólares —dijo Susana. Y volviéndose hacia Duke, pidió—: Señor Straley, tenga la bondad de enseñarle al señor Kerbey la carta que le di para que la guardase.

—¡Oh! Pero...

—¿Qué ocurre, señor Straley? ¿Es que acaso no tiene la carta?

—Pues... sí, señorita Cortiz, eso es, exactamente, lo que ocurre. No tengo la carta. Cuando la estaba leyendo en el avión... se... se la llevó el viento.

—¡Es in...! —Susana era la femenina estampa de la «*indignación ante una muestra de descuido*»—. Bueno, no importa. Mis notarios lo decían, señor Kerbey, y ellos se lo podrán repetir. Ignoro los motivos que les impulsaron a aconsejarme que... —En este punto la voz de Susana adquirió un irritante acento irónico—, pidiese veinte mil dólares por un terreno que según usted no vale ni dos mil; pero estoy convencida de que ellos lo habrán visitado y sabrán a qué atenerse respecto a sus excelencias o defectos.

—Me extraña mucho que los señores Billings y Brown le hayan dicho que el terreno que le legó su señor tío vale veinte mil dólares, señorita Cortiz —replicó Kerbey—. Hace unos años unas tierras como aquéllas se podían comprar por quinientos dólares.

—Olvidó usted dos Billings antes de Brown —reprendió Susana a Kerbey—. Si

mis representantes legales le oyeran se indignarían de semejante descuido. También yo me indigno un poco ante las dudas que expresa acerca de mi veracidad. Y lamento mucho que... el descuido de cierta persona me impida mostrarle la carta —y al llegar aquí dirigió una fulminante mirada a Duke, quien inclinó la cabeza como si estuviera oyendo una sentencia de muerte por haberle robado los centavos a un vendedor de periódicos—. Creo que se está haciendo muy tarde y usted debe tener un sin fin de cosas que hacer, señor Kerbey. No quisiera entretenerle más.

John Kerbey acusó bien el golpe de Susana y por unos momentos perdió su correcta serenidad. Por un instante pareció a punto de insultar a la joven; pero al fin, tragándose el orgullo, replicó:

—Usted gana, señorita Cortiz. Sé que mi compañía me reprenderá por hacerlo; pero acepto su demanda.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Susana, palmoteando. Luego, volviéndose a Duke, declaró—: Este caballero tan simpático compra las tierras de mi tío por cincuenta mil dólares.

—Siempre me ha parecido un caballero muy razonable —replicó Duke.

—¡Qué! —chilló Kerbey, perdida la serenidad—. ¿Quién ha dicho que yo daba cincuenta mil dólares por unos kilómetros de arena y hierbajos? Veinte mil es lo máximo...

—Perdone, señor Kerbey —interrumpió severamente Duke—. Le he oído decir que aceptaba la demanda de la señorita. Si ella pide cincuenta mil...

—¡Ella ha dicho que los notarios le han aconsejado que venda por veinte mil! —jadeó Kerbey—. Yo le ofrezco esos veinte mil.

—Un momento, señor Kerbey —interrumpió Susana—. Mis notarios, en su carta, me dicen que ellos han valorado las tierras en veinte mil dólares. Al hacerlo han pensado, sobre todo, en el pago de los derechos reales que ascienden, si no me han engañado, a unos cuatro mil dólares y pico. Si la hubieran tasado en su valor máximo seguramente hubiese tenido que pagar muchísimo más. Así lo dicen y les creo, pues son hombres muy entendidos. Por lo tanto, no voy a vender en veinte mil lo que vale, por lo menos, cuarenta mil. No, no; mi precio eran cincuenta mil dólares.

Haciendo un esfuerzo, Kerbey consiguió —y por ello Duke, con deportivo espíritu, le admiró mucho— extraer una sonrisa que parecía casi legítima y declarar:

—Está bien, señorita Cortiz, es usted un genio de las finanzas. Las tierras, aunque no lo parezcan, valen algo así como cuarenta mil dólares. Tal vez se pudieran obtener cuarenta y cinco mil por ellas; pero sólo unos locos pagarían los cincuenta mil dólares que usted pide —suspirando, Kerbey terminó—: Y yo soy ese loco.

—Encantada de conocerle, señor Kerbey; pero no vendo —dijo Susana—. Cuando se tiene una finca que para alguien vale cincuenta mil dólares, lo mejor es conservarla. Además, no me ha sido usted simpático. Ha dudado de mi palabra y eso me molesta. No quiero venderle. Buenas noches.

Y poniéndose en pie, Susana dio media vuelta y abandonó el saloncito, antes de

que el desconcertado Kerbey pudiera detenerla.

—Es inaudito —comentó, dirigiéndose a Duke—. Esa mujer es... única.

—De acuerdo —sonrió Duke—. Pero usted tiene la culpa, señor Kerbey. No debió descubrir tan pronto su juego. Se le veía desde una legua que se estaba muriendo por comprar esas tierras.

—Es usted muy listo, señor Straley —bufó Kerbey—. Pero otros más listos han recibido... Bueno, no tengo que discutir con usted; pero le aconsejo que se dedique a descifrar misterios y deje a los que nos ocupamos de otras cosas. Si es usted prudente aconsejará a la señorita Cortiz que acepte los cincuenta mil que le ofrezco.

—Sólo los tontos dan consejos a las mujeres. Los listos los damos a las mulas. Las dos especies son tozudas; pero algunas veces las mulas hacen lo que se les aconseja. Las mujeres siempre hacen lo contrario. Creo que esta idea es en realidad un proverbio chino... si es que en China hay mulas, cosa que ignoro...

—Cuando quiera aprender proverbios chinos leeré las novelas de Charlie Chan —gruñó Kerbey—. Pero de momento necesito otras cosas.

—¿Unos tierras en Barnegat?

—Tal vez; y le advierto que las tendré, aunque usted se oponga.

—¿Yo? ¿Por qué habría de oponerme?

—Porque le gusta meterse donde no le llaman, y eso, señor Straley, es muy peligroso.

—¿Me amenaza? Jamás lo habría creído de un caballero como usted.

—Chancéese si quiere y tome la amenaza como una broma; pero si la señorita Cortiz no quiere vender sus tierras, tendrá que arrepentirse.

—Oiga, Kerbey o como se llame —dijo Duke, cerrando los puños—. El venirme a provocar a mí es como ir a cazar leones con un tirador de goma. Por lo tanto le doy tres segundos para que se largue. Cuando los haya contado procuraré hacerle salir de aquí, directamente, al centro del aeródromo de un solo puñetazo. Creo que es casi imposible lograrlo, pero haré la prueba. Uno...

—Nos volveremos a ver...

—Dos...

—Se... lo prometo, detective de pacotilla.

Pero esto John Kerbey lo dijo ya desde la puerta y antes de que Duke pudiera contar el tercer segundo.

Capítulo 2

MENSAJE MACABRO

A las diez de la mañana el avión que debía trasladar desde Chicago a Nueva York a los pasajeros que procedían de San Francisco y también a los que habían embarcado en Chicago comenzó a deslizarse por la cinta de cemento armado que servía de pista de despegue.

—Menos mal —suspiró Susana, cuando el aparato comenzó a remontarse.

—¿Estaba temiendo que nuestro amigo Kerbey surgiera ante usted con una oferta de un millón de dólares por una faja arenosa en torno a una ensenada de aguas tranquilas?

—No se burle, señor Straley —reprendió la joven—. No me gusta rada.

—¿Qué es lo que no le gusta nada? ¿Que me burle? ¿O acaso quien no le gusta nada soy yo?

—Lo que no me gusta es que me ofrezcan cincuenta mil dólares por unas tierras que no valen dos mil.

—Lógicamente eso debería alegrarla. Es como si en vez de heredar un Chevrolet se encontrase con un Rolls.

—No es eso —protestó Susana—. Es algo parecido; pero si de pronto alguien me ofreciese cambiarme un Chevrolet viejo por un Rolls recién llegado de Inglaterra, y el que lo hiciera no pareciera estar loco de remate, empezaría a sospechar.

—¿Qué sospecharía?

—Pues que, por lo que fuera, el Chevrolet valía más que el Rolls.

—Algo tiene que haber de eso. Aunque parezca mentira, para nuestro buen amigo John Kerbey, sus tierras valen más de cincuenta mil dólares.

En aquel instante la camarera del avión cruzó el pasillo central del aparato, en dirección a la cabina de los pilotos. Permaneció un momento dentro de ella y, regresó luego hacia Duke y Susana, consultando el plano de los asientos.

—¿Señorita Cortiz? —preguntó dirigiéndose a Susana.

Esta asintió con la cabeza, y entonces la camarera le entregó una hoja de papel doblada en cuatro.

—Un radiograma —explicó.

Susana dejó un dólar en la mano de la camarera y desdobló la hoja, que Duke, sin tratar de disimularlo, leyó al mismo tiempo que ella.

Era un radiograma dirigido a Chicago y retransmitido al avión. Procedía de Trenton y estaba redactado en los siguientes términos:

«Señorita Cortiz: Hemos recibido ventajosa oferta adquisición tierras que legó tío de usted. Compañía hotelera ofrece treinta mil dólares y ha depositado cinco mil por opción. Esperamos respuesta urgente para cerrar trato. Felicidades. Brown».

—¿Qué le parece? —preguntó Susana, volviéndose a Duke.

—En eso veo la mano de Kerbey. Debió de creer que sus abogados tenían plenos poderes y quiso ahorrarse unos dólares.

—Telegrafiaré en seguida diciendo que no vendan y devuelvan el dinero de la opción. Empieza a intrigarme tanto interés por una cosa que vale tan poco.

—Para alguien debe de valer mucho.

—Me gustaría saber qué misterio hay en todo eso. Por un momento creí que cuatro Bes querían estafarme.

—¿Se refiere a los Billings y Brown?

—Sí. Pensé que las tierras valían más y que ellos al valorarlas en muchísimo menos de su valor real lo hacían a fin de poderlas comprar por una miseria y hacer ellos un buen negocio; pero desde el momento en que se molestan en darme la gran noticia es señal de que proceden honradamente.

—Eso creería cualquiera.

Susana llamó con un ademán a la camarera del avión y le preguntó si podía transmitir un radiograma para Trenton. La joven le respondió afirmativamente y le trajo un taco de impresos.

—Les diré que no vendan ni se comprometan por ningún precio —dijo Susana a Duke, al mismo tiempo que iba llenando el impreso.

Cuando hubo terminado lo tendió a la camarera, junto con el importe de la transmisión.

—El misterio se hace cada vez más denso —sonrió Duke—. Me estoy muriendo de deseos de ver esa famosa casa. A lo mejor es una obra de arte colonial. En cuanto lleguemos nos dirigiremos a Nueva Jersey... A no ser que usted no sienta deseos de ver su herencia.

—Siento deseos y miedo a la vez —replicó Susana—. ¿Qué clase de herencia me legó mi tío?

—Es posible que ni él mismo supiera lo que le dejaba. Con la afición actual a las antigüedades, es posible que lo principal de la herencia consista en una colección de muebles coloniales.

En cuanto el avión se posó en el aeropuerto Laguardia, de Nueva York, Duke y Susana dejando su equipaje en la consigna alquilaron un automóvil y ordenaron al chófer que les condujera a Nueva Jersey por la carretera de Atlantic City. Después de Lakewood y con ayuda de un plano de carreteras torcieron hacia el mar y, gracias a los informes de varios campesinos, llegaron al fin a la Ensenada de Gilbert. Un arenoso camino los condujo hacia la casa, cuya situación estaba indicada por letreros

de madera que llevaban la inscripción Gull's Nest (*Nido de gaviotas*), y señalaban hacia el Este. Una cerca de oxidado espino artificial rodeaba la propiedad; pero tanto el terreno anterior como el que seguía más allá de la desvencijada puerta era simplemente arena, en la que crecía una vegetación áspera y desagradable.

—No creo que nadie ambicione estas tierras para convertirlas en un emporio agrícola —comentó Duke.

—Tal vez quieran criar cardos en ellas —replicó Susana.

Siguieron adelante y después de salvar unas cuantas dunas llegaron a la vista de la casa.

—¡Qué horror! —exclamó la joven—. No parece que esto sirva para otra cosa que para un verdadero nido de gaviotas.

—No juzguemos por las apariencias —reprendió Duke.

Dejando el auto avanzaron hacia la casa, que era de madera, compuesta de planta baja, un piso y un pequeño desván. El tejado, de pizarra, era del tipo de «V» invertida. El primer piso tenía dos balcones, uno en la parte delantera de la casa y otro en la trasera. Del tejado salían dos ventanas a cada lado. Una ventana a menos de un metro del vértice del tejado, indicaba la situación del desván. Anexa a la casa veíase una pequeña construcción, también de madera, que debía de ser un garaje.

En la parte de delante, o sea la que daba al mar, extendíase una plataforma, también de madera, sostenida por gruesos pilares, a unos dos metros y medio por encima del agua. Allí debían de amarrarse las lanchas de Tobías Cortiz y de sus invitados, cuando tenía unas y otros.

Un solitario y alto árbol crecía, como por error, junto a la casa. El aspecto general de ésta y del paisaje circundante no podía ser más deprimente. Soplaba un fuerte viento cargado de olor a sal y de fina arena. Algunas gaviotas pasaban lanzando sobre Duke y Susana sus agrios gritos. Una ventana comenzó a batir en algún punto del edificio.

Asomándose a una de las ventanas de la cubierta galería delantera, los visitantes pudieron comprobar que no debían de ser los muebles que contenía Gull's Nest el motivo de la oferta de cincuenta mil dólares. El escaso mobiliario que se veía era completamente rústico y tan viejo como la casa.

Inesperadamente, una voz, áspera y agria, de acuerdo con la vegetación y los chillidos de las gaviotas, sonó detrás de Duke y de Susana.

—¿Qué buscan por aquí, forasteros?

Susana ahogó difícilmente un grito de espanto y volvióse, al mismo tiempo que Duke, hacia el punto de donde llegaba la pregunta. Un hombre de unos cuarenta y cinco o cincuenta años de edad estaba frente a ellos, acariciando, maquinalmente, el cañón de un rifle *Remington*. Vestía unos pantalones de pana, calzaba recias botas de gruesa suela, llevaba una camisa de franela y una cazadora de cuero, cubríase la cabeza con un descolorido sombrero de fieltro y fumaba una negra pipa de corta boquilla.

—Lo mismo podemos preguntarle nosotros —replicó Duke, observando curiosamente al desconocido—. ¿Va usted en busca de caza mayor?

—Tal vez —gruñó el hombre dejando de acariciar el rifle y pasando a frotarse la mandíbula, cubierta por una barba de una semana por lo menos—. ¿Qué hacen aquí?

—La señorita está examinando esta propiedad, que, por cierto, es suya.

—¿Suya? —El hombre no parecía muy convencido—. ¿Cómo se llama?

—Susana Cortiz. Es la heredera de esto.

—¿Tiene algún documento que lo pruebe? —insistió el hombre.

—Una carta de unos notarios y mi documentación —replicó Susana—. Supongo que ahora nos dirá quién es usted.

—Yo soy el que vigila esto.

—¿Teme que alguien se lleve la casa? —preguntó Duke.

—No estoy para bromas —contestó el otro—. A ver esa documentación.

Susana entregó su carnet de abogado y la carta de Billings y Brown. El guardián lo examinó todo atentamente y al devolverlo a la joven rozó con la mano el ala de su sombrero, como si quisiera saludar.

—Está bien —dijo, luego—. No tengo nada que oponer a que usted mire esto. Si quiere entrar en la casa, abriré la puerta.

—No es necesario —dijo Duke—. Sólo hemos venido a hacernos cargo del estado de la herencia de la señorita Cortiz. Alguien quiere comprar la casa y las tierras, señor... No recuerdo cómo ha dicho usted que se llamaba.

—No he dicho cómo me llamo; pero si tiene interés en saberlo le diré que me llamo Ben Lawton.

—Gracias, señor Lawton. Como acabamos de llegar de San Francisco, no sabemos nada de lo ocurrido. Tal vez usted pueda ayudarnos.

Mientras hablaba, Duke sacó del bolsillo un billete de a diez dólares y lo tendió a Lawton, que, sin dar las gracias, lo guardó en seguida.

—No se gran cosa —dijo—. Tres días antes de su muerte, el señor Cortiz me telegrafió diciéndome que me contrataba por dos meses para que vigilase la casa. Al mismo tiempo, también por giro telegráfico, me envió doscientos dólares. En seguida cogí mi fusil y me vine aquí.

—¿Conocía usted al señor Cortiz? —preguntó Duke.

—Claro que le conocía. Todos los años le acompañaba a cazar patos y a pescar. Y cuando él era muy rico, le vigilaba la casa durante el invierno. Luego, como retiró las cosas de más valor, ya no fue necesario que yo vigilara esto; pero todos los años el señor me daba doscientos o trescientos dólares. Por lo tanto yo vigilaba las tierras, aunque no todo el día.

—¿Sabe por qué le contrató para una vigilancia más intensa?

—No tengo la menor idea. En cuanto recibí el telegrama vine y traje mis dos perros. Como de costumbre dormí dentro del edificio.

—¿Ocurrió algo anormal?

—No. Al tercer día un yate entró por Barnegat en la bahía y llegó hasta una media milla de la ensenada. Traía, remolcándola, una lancha gasolinera muy buena. O por lo menos así lo parecía. Al llegar junto a la desembocadura del río Toms, el yate se detuvo y la gasolinera fue acercada a la escala. Con el catalejo del señor Cortiz vi como su tío, señorita, bajaba la escala, despidiéndose de los que quedaban en el yate, y sentándose en la gasolinera, en compañía de un marinero del yate, la ponía en marcha hacia aquí. Parecía muy contento y al verme en el embarcadero agitó la mano. Al entrar la lancha en la ensenada, el señor Cortiz se levantó y, en aquel momento ocurrió algo horrible. La lancha pareció estallar, y una inmensa llamarada extendióse sobre las aguas. Comprendí en seguida que, por algún motivo, habían estallado los depósitos de gasolina. No pude hacer nada por su tío, ni tampoco pudieron ayudarle los dueños del yate, a pesar de que enviaron en seguida un par de lanchas hacia aquí. Las aguas estaban cubiertas por una capa de gasolina inflamada y cuando al fin se hubo consumido no quedaba nada de la lancha ni de sus ocupantes... Bueno; algo sí quedaba. El marinero había conseguido salvarse nadando por debajo del agua. Pudo llegar hasta la orilla; pero tenía la cara convertida en una pura llaga a causa del fuego. Su tío, como no era tan buen nadador, no se salvó. Lo encontramos al poco rato muerto. Y eso es todo. Al marinero se lo llevaron al yate, y a toda velocidad, lo trasladaron a Nueva York desde Atlantic City. Luego vino la Policía, nos tomó declaración y, como era lógico, en la indagatoria se dictó veredicto de muerte por accidente.

—¿Y por qué continúa usted aquí? —preguntó Duke a Lawton.

—He cobrado por anticipado, y como no estoy dispuesto a devolver el dinero, cumplo lo que se me ordenó. Y creo que lo cumplo bien, pues desde que ha muerto el señor Cortiz, varios pescadores han tratado de meterse en la ensenada, sin duda para aprovecharse de la abundancia de pesca. He tenido que espantarlos a tiros.

—Bien, Lawton; la señorita Cortiz le está muy agradecida y le ruega que continúe vigilando su propiedad. Y como no contaba con que sus servicios estuvieran ya pagados, le entrega cien dólares más por sus honorarios de este mes. Seguramente en los meses próximos seguirá necesitándole. Tenga.

Duke entregó a Ben Lawton diez billetes de a diez dólares y recomendó:

—Siga vigilando como hasta ahora. Que nadie se acerque. Si necesita algún compañero, contrátelo y avísenos para enviarle sus honorarios.

El hombre guardó el dinero y saludó con una breve inclinación de cabeza, como si lo que acababa de recibir y lo prometido no tuviere mayor importancia. Sacudiendo la ceniza de su pipa la cargó de nuevo y dejando tras él un penacho de maloliente humo, acompañó a Duke y Susana hasta su auto. Se despidió de ellos con otro roce del ala de su sombrero.

—¡Qué tipo tan desagradable! —comentó Susana, cuando el coche se puso en marcha—. Parece un bandido.

—Por lo general los bandidos no parecen bandidos, aunque hay excepciones,

entre las cuales podría figurar nuestro amigo Lawton. Sin embargo, casi apostarí­a que es un hombre honrado.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Susana.

—A ver a los Billings y a Brown.

Ismael Brown no pudo comunicarles nada nuevo acerca de la muerte de Tobías Cortiz.

—El yate en que viajaba era de los señores Prince. La gasolinera era suya. Pensaba trasladarse en ella desde Atlantic City a la Ensenada de Gilbert; pero los señores Prince le invitaron a que lo hiciera en su yate. Remolcaron la lancha hasta el río Toms y allí se despidieron de él.

—¿Tenía costumbre el señor Cortiz de viajar en su gasolinera? —preguntó Duke.

Brown movió negativamente la cabeza.

—No. Hacía tiempo que su gasolinera estaba en Atlantic City. Cargó en ella unas cajas de maquinaria agrícola y dijo que iba a convertir sus tierras en algo provechoso. Decía que en California han transformado en magníficos viñedos unos terrenos que eran tan arenosos o más que los suyos.

—¿No existe alguna posibilidad de que la muerte del señor Cortiz fuese premeditada? —preguntó Duke.

—¡De ninguna manera! —rió Brown, que era un hombrecillo de aspecto alegre y despreocupado—. ¿Por qué iban a quererle matar?

—Existen muchos motivos —replicó Duke, ante el asombro de Susana.

—¿Cuáles? —preguntó Ismael Brown.

—Dígame por qué ofrecen treinta mil dólares a usted y cincuenta mil a la señorita Cortiz por las tierras de su tío, y entonces le diré los motivos que existen.

Brown sonrió, divertido.

—Buena respuesta —dijo—. La verdad es que hasta ahora no me he podido explicar que exista alguien dispuesto a dar una fortuna por unas tierras que a menos que estén sobre un yacimiento de petróleo no valen absolutamente nada. Y en cuanto a la casa... Como no sea por las carcomas que debe haber en ella...

—Eso quiere decir que no puede usted sugerirnos ninguna explicación acerca de lo que ha impulsado a unos señores a ofrecerle treinta mil dólares por la finca y ofrecernos a nosotros, o mejor dicho a la señorita Cortiz, hasta cincuenta mil.

—No tengo la menor idea. El caballero que vino a hacer la oferta dijo que representaba a una importante empresa cuyo nombre debía reservarse.

—¿No podría tener la ensenada alguna importancia especial? —preguntó Susana—. Un tal Lawton que vigila aquello por cuenta de mi tío y también por mi cuenta, habló de la pesca que abunda allí. Tal vez ese es el motivo.

—Acaso —admitió Brown—. Por cierto, que la Ensenada de Gilbert tiene una característica especial que la distingue de las demás ensenadas de la curiosa bahía de Barnegat. Así como las otras son de escaso fondo, aquella mide en su parte central casi cincuenta metros de profundidad. Se trata de un fenómeno geológico, que hasta

ahora no ha sido explicado.

—O sea que admitiría el fondeo de buques del máximo tonelaje —dijo Duke.

—Siempre y cuando pudieran penetrar en la bahía, que es una especie de mar interior defendido por la larga y estrecha faja arenosa de Island Beach.

—Podría abrirse un canal —sugirió Susana.

—Pero el establecer un puerto allí no conduciría a nada. Esa parte de Nueva Jersey carece de interés. Toda la industria importante se ha establecido ya a lo largo del Delaware.

—Tal vez un astillero —comentó Duke.

—Los hay muy buenos y suficientemente grandes en Kearny, cerca de Newark —replicó Brown—. Y si fuese cosa del Gobierno lo sabríamos.

—Tal vez no —objetó Susana—. A veces el Gobierno tiene interés en ocultar su interés por determinadas cosas, pues entonces el precio sube como un cohete.

—Creo que estamos divagando —dijo Duke—. Pasemos a lo importante. Quiero decir a lo de la herencia. ¿Cuánto dinero dejó el señor Cortiz?

—Ni un centavo —replicó Brown—. Al morir llevaba encima unos mil quinientos o dos mil dólares, que constituían todo su capital conocido. Los señores Prince lo han declarado, pues le vieron guardar la cartera que contenía esa suma. El fuego que mató al señor Cortiz destruyó sus ropas y la cartera, pues no se encontró nada. Nuestras pesquisas han confirmado en todos sus detalles los informes de los señores Prince. El señor Cortiz poseía un capital de dos mil dólares. Lo retiró del Banco en que lo guardaba y pagó las reparaciones de su lancha, adquirió una cantidad de gasolina, envió doscientos dólares a Ben Lawton, gastó algo en víveres para su estancia en Gull's Nest. También compró algunas ropas. En total gastó cuatrocientos sesenta dólares. Por lo tanto, no podía tener mucho más de mil quinientos dólares.

—¿Con qué pagó la maquinaria agrícola? —preguntó Duke.

—No lo sabemos —respondió el notario—. No hemos podido dar con los que se la vendieron. Claro que no podía ser mucha, pues iba en tres pequeñas cajas.

—¿Dónde está el marinero que acompañaba al señor Cortiz en el momento del accidente? —preguntó Duke.

—En el Hospital Bellevue de Nueva York. Se llama... —Brown consultó el legajo—; se llama Edwin Gilbert. ¿Qué quieren de él?

—Me gustaría hacerle unas preguntas —dijo Duke—. Y como ya creo haber terminado con usted, señor Brown, nos marchamos en seguida. Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió el notario, levantándose—. ¿De veras no quiere que vendamos sus tierras, señorita Cortiz?

—No, no. Las rodea un misterio demasiado interesante para que me separe de ellas.

—¡Ojalá no ocurra nada malo! —dijo Brown—. El caballero que vino hacernos la oferta llevaba debajo del sobaco una pistola automática del calibre cuarenta y cinco, por lo menos.

—¿Como esta? —preguntó Duke, en cuya mano había aparecido como por ensalmo una automática Colt del 45.

—Sí, sí —replicó Brown, echándose hacia atrás—. Era igual; pero guárdela, no vaya a dispararse sola.

—Las buenas pistolas no se disparan nunca solas —sonrió Duke, guardando el arma—. Y tenga por seguro que no somos nosotros quienes corremos peligro. Los que lo corren son nuestros enemigos... si los tenemos.

Cuando marchaban de nuevo hacia Nueva York, Susana declaró:

—Señor Straley, ha asustado usted mucho al señor Brown.

—Quizá —replicó Duke, pensativo—. Aunque yo casi juraría que su susto fue excesivo. Me interesa mucho hablar con el señor Gilbert.

—¿Cree que sabrá algo?

—Tal vez. Al fin y al cabo acompañaba al señor Cortiz en el momento del accidente.

En el Hospital Bellevue de Nueva York, aguardaba a Duke y a Susana una gran decepción.

—El señor Gilbert abandonó hace dos días este establecimiento —dijo la enfermera encargada del despacho de recepción.

—¿Y no sabe dónde podríamos encontrarlo? —preguntó Susana.

—No sé —respondió la enfermera—. Los señores Prince también preguntaron por él. Le aguardaban y dicen que no se ha presentado en su casa. En su ficha no se indica ninguna otra dirección.

—¿Se marchó solo o le vinieron a buscar? —preguntó Duke.

—Salió solo. En cuanto el doctor Adan le dio de alta.

—¿Podríamos hablar con el doctor? —preguntó Duke.

—No sé... —empezó la enfermera—. En estos momentos...

—Pertenezco a la Policía de Nueva York —dijo Duke, tendiendo a la enfermera un carnet que le había extendido Max Mehl, el jefe de la Policía de la ciudad.

—¿Es usted el señor Straley? —preguntó la enfermera, contemplando a Duke como si éste fuera una mezcla de Clark Gable, Tyrone Power y Frank Sinatra.

—Sí, tengo esa desgracia —rio Duke.

Medio embobada, la enfermera empezó a llamar por el micrófono conectado con los altavoces que llenaban todo el hospital.

—Doctor Adan, Doctor Adan, Doctor Adan, urgentemente al vestíbulo. Doctor Adan, urgentemente al vestíbulo.

Un momento después, la enfermera dejó de llamar y anunció a Duke:

—El Doctor Adan ya viene.

Treinta segundos más tarde, el doctor, vestido con blusa, pantalones, calcetines y zapatos blancos saltó de uno de los ascensores y se dirigía al despacho. La enfermera le comunicó, con voz temblorosa, que el maravilloso señor Straley deseaba hablar con él, y después de un cambio de saludos Duke empezó:

—¿Podría decirme en qué estado se encontraba su paciente, el señor Gilbert, al abandonar el Hospital?

—Su estado de salud era perfecto —replicó el doctor—. Claro que su rostro estaba tan desfigurado que ya nunca más, a menos de que la cirugía plástica avance de un salto un siglo, podrá recobrar un aspecto humano.

—¿Estaba desfigurado?

—Por completo. Aún no comprendo cómo salvó la vista. Durante una semana estuvimos temiendo que se quedara ciego. Gracias a los modernos métodos de curación y al empleo intensivo de la *sulfas*, hemos logrado una cicatrización muy rápida. Como el señor Gilbert parecía tener prisa por salir del Hospital, le dimos de alta en cuanto se halló en condiciones de caminar. Quedamos en que vendría diariamente para seguir un tratamiento de rayos ultravioleta, pero ni ayer ni hoy ha comparecido.

—¿No dijo a dónde pensaba ir?

—No, señor Straley. No parecía nada apenado por lo que le había ocurrido. Varias veces le oí cantar, y una de las enfermeras, una muchacha muy linda, recibió de él una petición amorosa. Ella le contestó que más adelante tal vez se casara con él, pues debido a su estado hubiera sido muy cruel decirle que inspiraba horror. Por cierto, que la réplica de Gilbert fue muy extraña. Dijo algo así: que no hay nada que no pueda conseguir un asno cargado de dinero. Y que él sería lo bastante rico para que ella se olvidara de su aspecto.

—¿Habló de dinero? —preguntó Susana.

—Sí. Dijo que pronto sería rico. Tal vez se refería a su seguro contra accidentes.

—Por mucho que le tuviesen que dar, no era lo bastante para calificarse de asno cargado de dinero —dijo Duke.

—Opino como usted; pero esto es todo cuanto puedo decirle. El señor Gilbert no ha regresado y no sabemos nada del sitio a que se ha dirigido.

—¿—Sabe si le visitó alguien después del accidente?

—La señorita les informará mejor que yo —contestó el doctor.

—No; sólo le visitaron los señores Prince —explicó la enfermera cuando Duke volvió hacia ella—. Nadie más preguntó por él ni mostró deseos de visitarle... ¡Oh, sí, ya recuerdo! Los de la agencia de Seguros Mutual se informaron acerca de su estado. El doctor los atendió.

—Vinieron por lo del seguro —explicó el médico—. Me hicieron unas cuantas preguntas, firmé unos documentos y me aseguraron que ellos pagarían los gastos de hospital y todo lo necesario.

—Perfectamente —suspiró Duke—. No hemos averiguado gran cosa. Perdone las molestias, doctor.

—Estoy a sus órdenes, señor Straley —aseguró Adan.

Cuando se hubo retirado, Duke se volvió hacia la enfermera y le pidió:

—Si el señor Gilbert volviera por el hospital no deje de avisarme. Tenga mi

tarjeta...

La enfermera indicó con un ademán que no la interrumpiese y luego anunció:

—Sí, señor; los agentes que vinieron pertenecían a la Mutual. Dicen que el señor Gilbert no se ha presentado a cobrar su seguro. Le prometo avisarle en cuanto vea al señor Gilbert.

—¿Ha telefoneado usted a la compañía de seguros? —preguntó Duke, fingiendo una gran admiración.

—Si, sí —replicó, muy sofocada, la enfermera.

—¡Es usted admirable, señorita! —aseguró Duke—. Si alguna vez mi secretaria me abandona, me tomaré la libertad de solicitar su ayuda... si aun no ha encontrado al hombre que usted merece.

—Aunque lo haya encontrado —susurró la joven, casi a punto de desmayarse, en tanto que en el tablero de su centralita se encendía una constelación de lucecitas indicadoras de otras tantas impacientes llamadas, para las que la enfermera permanecía sorda y ciega.

—La ha flechado —dijo Susana, cuando estuvieron de nuevo en la calle—. No comprendo qué ven las mujeres en usted para ponerse tan tontas.

—Pues si usted no lo sabe, yo lo sé mucho menos —sonrió Duke.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, casi enfadada, Susana.

—No quiero decir nada. Sólo la mujer que es capaz de acompañarme desde San Francisco podría explicarme ése misterio. Si ella no puede hacerlo... Pues seguiremos considerándolo un misterio.

—Es usted un... un asno cargado de vanidad.

—¿Es un piropo?

—Es un insulto. Y le ruego que me conteste con otro insulto para que así pueda pagarle un par de bofetadas.

—Con eso sólo demostrará que está locamente enamorada de mí, Susana.

—Eso es mentira. Usted es un... un...

—Un hombre que está locamente enamorado de usted; pero que no se lo dice porque entonces me haría la vida imposible.

—¡Oh! ¿Se ha declarado?

—¿Quién?

—Usted.

—Yo no.

—Pero si ha dicho... Ha dicho que está locamente enamorado de mí.

—Como lo estoy de Joan Blondel, de Norma Shearer y de Charles Laughton. Quiero decir que ellos me gustan mucho y usted también. De la misma forma que me gustan algunas novelas, algunas sinfonías, ciertos cuadros y la química orgánica.

—¡Oh! Eso quiere decir que yo soy para usted como... como una de esas cosas que se miran con microscopio, ¿no?

—Pues... como algunas cosas de esas si, pero no como todas. Hay cosas que sólo

se pueden mirar en ayunas.

—¡Qué dolor! Yo creí haber conseguido que me quisiese. Ha dado tan de prisa marcha atrás que ya no sé qué hacer. Casi me considero insultada. ¿Usted, qué haría en mi lugar?

—Tal vez una buena bofetada fuera una solución.

—Es posible —replicó Susana, cuya mano derecha pareció estallar contra la mejilla de Duke—. Ya está; pero me parece que no hemos resuelto nada.

—Creo que no —admitió Duke, frotándose la mejilla—. ¿Quién le enseñó a dar bofetadas?

—Lo heredé de mi abuela. Cuando los yanquis ocuparon California, ella era una delicada señorita. Su madre le aconsejó que si algún oficial la ofendía que le pegara una bofetada; pero no demasiado fuerte. Parece ser que un oficial la ofendió, porque le dijo si quería «*balanarse*» con él. Lo dijo en mal español y, en la duda de si el oficial quería balancearse, valsar o hacer algo malo con ella, mi abuela le soltó una bofetada.

—¿Y qué replicó el oficial?

—No replicó nada, porque la bofetada le pilló desprevenido, le saltó cuatro muelas y le dejó sin sentido media hora. Mi bisabuela juró y rejuró que una bofetada así no era propia de una señorita, y obligó a mi abuela a casarse con el oficial. Puede decirse que yo soy un efecto de aquella bofetada. Mi abuela se hizo famosa, y una vez que unos bandidos asaltaron su casa, en cuanto la vieron aparecer enarbolando una sombrilla, huyeron abandonando todo el botín que ya llevaban recogido, y que mi abuela guardó sin importarle un comino a quién podía pertenecer.

—No cabe duda de que ha heredado usted los bíceps de su abuela. Y casi lamento que no me haya saltado las muelas...

—¿Para que me case con usted? —preguntó Susana, mirándole con fingido embobamiento.

—¡Brr! —replicó Duke—. Es usted terrible. Pero, ya hemos llegado. Esta es mi casa. Supongo que no querrá entrar en ella, ¿verdad?

—Supone mal. Estoy deseando ver su cueva.

Duke bajó del taxi, pagó el importe de la larguísima carrera, y cuando el coche se hubo alejado volvióse hacia Susana y advirtió:

—En mi casa hay muchas cosas curiosas; pero más de un hombre ha muerto por dejarse llevar de su curiosidad. No toque nada. No se aparte de mí. No se acerque a ningún sitio, porque lo menos que podía ocurrirle sería quedar electrocutada.

—Pues... Bueno, iba a decir que me marchaba; pero no lo digo. Quiero ver su cubil. Supongo que habrá alguna dama para salvar mi honorabilidad.

—Usted será la única dama. Mi hermana anda aún de viaje de boda, y Butler, mi mayordomo, vive en otro sitio. Le asustan demasiado las trampas que hay en esta casa.

Duke abrió la puerta y entró en el jardín, llegó a la puerta del edificio y

desconectó los timbres de alarma, cuando entraron; Susana lo miró todo llena de interés.

—Creí que sería más fantástica —dijo, algo defraudada—. Es una casa normal.

—Hasta cierto punto —sonrió Duke—. Vea.

Desenfundó su revólver y lo tiró hacia delante. Susana esperaba verlo caer al suelo; pero en vez de eso, el revólver quedó suspendido entre el suelo y el techo y como llevado por una mano invisible, fue a colgarse de un gancho situado en la pared, al fondo del pasillo.

—¡Eh! —gritó Susana—. ¿Qué... qué significa eso...?

—Mis invisibles criados —rió Duke.

—Bueno, pues... ¡Adiós! —Y Susana echó a correr hacia la puerta.

Antes de que diera tres pasos quedó inmóvil y al momento su abundante cabellera se elevó hacia el techo, en una hermosa ola de negros cabellos.

—Es usted la imagen de la mujer asustada —rió Duke—. Si puede, vuelva la vista hacia la derecha. Hay un buen espejo.

Susana obedeció con un esfuerzo y vióse tal como la veía Duke. De súbito, cesó la fuerza que la retenía, cayeron los cabellos, como si se hubieran cortado las hebras de seda que los sostenían en alto, y Susana Cortiz quedó sentada en el suelo. Al cabo de un momento volvió la vista hacia el espejo y lanzó un chillido de horror. Frente a ella, dentro del cristal, sentado también en el suelo, se veía un extraño esqueleto.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó.

—Es usted tal como estará a los tres o cuatro años de haberse muerto —dijo con voz opaca, Duke—. Tiene usted un esqueleto muy bonito.

Oyóse un chasquido, el esqueleto se cubrió de carne y de ropas, y Susana reconocióse. Dirigiendo una mirada de pánico a Duke, preguntó:

—¿Era yo, realmente?

—Usted en hueso puro.

—Pues... a... adiós... señor brujo.

Y sin levantarse, Susana, a gatas, emprendió la marcha hacia la puerta.

—Por favor, no se marche —rió Duke—. Todo ha sido una broma.

—Si, sí; ya me lo imagino —replicó Susana—. Y luego me hará la autopsia y dirá que también ha sido todo ello una broma.

—Por favor, no se asuste. Me he limitado a hacer pasar por su cuerpo una fuerte corriente eléctrica. Lo necesitaba. Lo otro ha sido un experimento de rayos Roentgen.

—¿Y lo del revólver?

—Lo de la pistola han sido electroimanes. Los hay, en el techo y en el suelo. Como su fuerza es igual, un objeto metálico se sostiene en el vacío. Y otro electroimán colocado en el fondo del pasillo ha atraído hacia él el arma. Todo es muy sencillo...

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Susana, asustada por un violento timbrazo—. Por favor, señor Straley, por hoy ya tengo bastante. No quiero más horrores. No

he entendido nada...

—Es el timbre de alarma. Alguien se acerca a la puerta de la casa.

Sonó otro timbrazo.

—Ahora llaman. Vamos a ver quién es.

Duke acercóse a la pared y pulsó un resorte oculto, a la vez que alargaba la mano izquierda, en la cual, como por verdadero arte de magia, fue a posarse la pistola que un momento antes había ido a parar al gancho.

—También es electroimán, sólo que al revés —explicó a la desconcertada Susana—. Vamos.

—¿Es que llegan los bandidos? —preguntó la joven.

—No, se marchan —explicó Duke, al mismo tiempo que dejaba de sonar el timbre de alarma—. Ya se han ido.

Abriendo la puerta, Duke fue a lanzarse afuera; pero un largo lamento le contuvo, a la vez que sus pies tropezaban con un bulto tendido en el suelo.

Antes de inclinar la cabeza, Duke siguió con la mirada el auto que se alejaba a toda velocidad. No pudo captar el número de su matrícula.

—Veamos...

Al llegar aquí se interrumpió, pues ante sus horrorizados ojos se hallaba un hombre vestido con un ensangrentado pijama. Más que un hombre era un trozo de carne al que le faltaban las manos, los ojos y las orejas, y por cuya ensangrentada boca se veía lo que quedaba de la lengua. De él brotaba un gutural y continuo lamento, y sobre su agitado pecho se veía una hoja de papel en la cual se leía escrito a máquina:

«A las ocho en punto habrá muerto. Duke, esta es la ocasión de que demuestres tu sagacidad. Él te puede aclarar el misterio. Pero ni oye, ni habla, ni puede escribir. La solución vale dos millones de dólares. X».

—Muy desagradable —comentó Duke—. Como usted puede ver, señorita Cortiz.

Al llegar aquí volvióse para exponer a la joven su opinión; pero Susana Cortiz estaba tendida en el suelo, sin conocimiento, porque la visión del macabro regalo que habían hecho a Duke era ya demasiado, llegando después de lo de la pistola, la corriente eléctrica y el esqueleto. Hay cosas que ni la nieta de una señorita que saltaba cuatro muelas de una bofetada puede resistir.

—¡Qué lástima! —suspiró Duke—. ¡Ahora que iba a ver algo verdaderamente interesante!

Inclinándose, Duke tomó en brazos el martirizado cuerpo que habían dejado en el umbral de su puerta y dirigióse hacia su laboratorio. Una vez allí lo colocó sobre una mesa de operaciones, y sin preocuparse de las manchas de sangre que llenaban su traje, comenzó a trabajar en la solución del más extraordinario de los misterios con que hasta entonces se había enfrentado.

Capítulo 3

EL RAPTO

Una especie de descarga eléctrica arrancó a Susana de su desmayo.

—¡No, no! —chilló, poniéndose en pie de un salto y mirando, aterrada, en todas direcciones.

—¿Qué le ocurre, señorita Cortiz? —sonrió Duke.

—¡Que no, que no me caso con usted! ¡Que estoy segura de que en el día de nuestra boda le regalarían un niño asado o una caja llena de escorpiones, o un cadáver descompuesto! ¡Me voy!

—¡Cálmese! —rió Dulce—. Pero si eso no tiene importancia.

—¡Ah, no! ¿Le ocurre cada día? Pues entonces desde este momento olvídense de mí. No le conozco. No quiero estar ni un segundo más a su lado. He sufrido en cinco minutos más emociones que en los veintidós años de mi vida. ¿Es que esos regalos se los hacen para ponerle contento?

—No, es sólo un problema. Una especie de rompecabezas que quieren que yo resuelva.

—¿Y en vez de enviarle crucigramas le envían cadáveres medio vivos?

—Sí, algo por el estilo.

—¿Y eso lo hacen sus amigos?

—No, los de usted, señorita Cortiz.

—¡Eh! No... no dirá que eso se lo ha enviado un amigo mío, ¿verdad? Es una broma... de usted.

—No, no es ninguna broma mía. Sus amigos, o enemigos, si lo prefiere, han decidido emprender el ataque contra usted. Para empezar han roto el fuego contra su aliado, o sea contra mí. Para demostrar que no me tienen miedo, me envían la clave del misterio y me proponen que en los cinco minutos que le quedan de vida resuelva todo el problema con el que se enfrenta usted.

—Eso quiere decir que ya... que ya ha muerto...

—Si Edwin Gilbert ha muerto.

—¿Quién?

—Gilbert. El cuerpo que vio usted era el de Edwin Gilbert, el marinero que acompañaba a su tío cuando ocurrió el accidente.

—¿Quiere decir el que fuimos a ver en el hospital?

—Si. Debieron de enterarse de que lo buscábamos y nos lo han enviado.

—¿Y cómo lo trajeron?

—Sin oídos para oír, sin voz para hablar, sin ojos para ver y sin manos para

escribir. Un verdadero problema.

—¿Y a pesar de eso averiguó usted que era Gilbert? ¿Por la documentación?

—No llevaba ninguna documentación, ni ninguna prenda de ropa suya. El pijama que vestía era nuevo y pudo haber sido comprado en cualquiera de las tiendas de Wolworth. Es de calidad inferior y no lleva marca de procedencia. Sin duda dentro de un par de semanas podríamos saber dónde fue comprado; pero entonces ya estará todo resuelto y ese detalle carecerá de importancia.

—¿De veras cree que estará resuelto?

—Claro. Los que me enviaron a Gilbert estaban seguros de que no averiguaría su identidad, pues ni por las huellas dactilares habría sido posible dar con él, ya que no tenía manos.

—Entonces, ¿cómo se las compuso para identificarle?

Duke se acarició la barbilla.

—Permítame un momento —dijo—. Antes de contestar quiero aclarar un punto.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Hospital Bellevue? —preguntó.

—...

—Sí, soy Straley. La felicito por lo bien que sabe identificar la voz, señorita.

—...

—Quisiera hablar con el doctor Vincent Adan.

—...

—Doctor Adan. Soy el señor Straley. Necesitaría su ayuda. ¿Podría acudir a mi casa inmediatamente?

—...

—No, no puedo salir de aquí. Me han enviado un cadáver y antes de que llegue la policía quisiera que usted me ayudase a identificarlo.

—...

—Sospecho que es el de Edwin Gilbert.

—...

—Muchas gracias, doctor Adan. Hasta luego.

Duke colgó el teléfono y sacando uno de los cigarrillos elaborados por él, comenzó a fumar en silencio. Por último miró a Susana y declaró, con duro acento:

—Estamos frente a unos enemigos implacables, señorita Cortiz. Los que son capaces de cometer un crimen como el último que han llevado a cabo no se detendrán ante nada.

—¿Cuándo murió aquel pobre hombre?

—A las ocho en punto. Fueron exactos en su pronóstico.

—Entonces, ¿cómo le fue posible averiguar quién era?

—Habría averiguado muchas más cosas si hubiese seguido el camino más lógico; pero quise ser demasiado moderno. Utilicé un micrófono de laringe. Lo apliqué al cuello de Gilbert y traté de captar lo que decía; pero el desgraciado sufría tanto que

no pude oír nada claro. Sólo quejidos y lamentos. En ello perdí más de un minuto. Comprendiendo que si no calmaba sus dolores no podría averiguar nada, le apliqué la llamada raquianestesia, o sea anestesia aplicada en la columna vertebral. Cesaron los gritos y con ayuda de un potente altavoz, que ampliaba mis palabras enormemente, le pregunté quién era. Tuve que repetir varias veces la pregunta y, al fin, pudo responder que se llamaba Edwin Gilbert. Como el micrófono de laringe no bastaba, tuve que ir nombrando las letras del alfabeto y pidiéndole que al llegar a la correspondiente moviera un brazo. El pobre consiguió decirme su nombre; pero nada más. Mejor dicho, agregó algo. Repitió su nombre y el de enseñada...

Duke quedó un momento como desconcertado, luego, exclamó:

—¡Claro! ¡Ensenada de Gilbert! Aquel pobre infeliz se llamaba Gilbert, igual que la ensenada donde murió su tío. Una casualidad... Bien. No repita a nadie lo que le he dicho.

Separándose de Susana, Duke volvió al teléfono y marcó un número. Un momento después la voz de Max Mehl, Jefe de Policía de Nueva York llegaba hasta él.

—Soy Duke, Max. ¿Cómo le va?

—Eso a ti. ¿Dónde has estado todo ese tiempo?

—En California.

—Ya se ha notado. Mientras has estado fuera, Nueva York ha sido una balsa de aceite.

—Pues en mi laboratorio tengo un desagradable cadáver esperando la llegada del forense, Max.

—¿Lo ves? —bufó el jefe de Policía—. En cuanto llegas empiezan las complicaciones. Seguro que te lo estaban reservando para cuando comparecieses. Bien, ahora enviaré a retirarlo.

—No, Max, aún no. Preferiría que me lo dejase hasta esta noche o mañana.

—¿Qué quieres hacer con él?

—Me lo enviaron como un rompecabezas. Fue como un desafío a mis dotes de investigador. Estaban seguros de que no podría identificarlo, pues aunque todavía no era un cadáver lo habían mutilado de tal forma que no podía ver, oír, hablar ni escribir. Descubrí en seguida que era un tal Edwin Gilbert, antiguo marinero de los Prince y complicado en un accidente que ocurrió en Nueva Jersey. Hice algunas pruebas y al fin conseguí que hablara.

—¿Y para eso me telefoneas?

—Sí, porque estoy seguro de que le interesará. Envíe a recoger el cuerpo mañana por la mañana. Entretanto yo quiero llevar a cabo algunas investigaciones. Procure que la Policía de Nueva Jersey me ayude. Adiós, se acerca alguien.

Duke colgó el teléfono, en tanto que una serie de bombillitas se iban iluminando unas tras otras, señalando el avance de alguien por el jardín. Un momento después sonó el timbre.

El dueño de la casa fue a abrir la puerta y el doctor Vincent Adan apareció, vestido con traje de calle. Después de cambiar un saludo con él, Duke le hizo entrar en el salón, donde Susana le saludó también. Luego los dos hombres entraron en el laboratorio, donde, sobre una mesa de operaciones se veía un cuerpo cubierto con una blanca sábana.

—¿Está ahí? —preguntó Adan.

—Sí.

El doctor acercóse a la mesa y retiró la sábana. Durante unos minutos estuvo examinando aquel cuerpo y, al fin declaró:

—Creo que, en efecto, se trata de Edwin Gilbert; pero está tan desfigurado que no se puede tener la certeza de que sea realmente él. Los pocos rasgos que quedan visibles son los suyos; pero tal vez un parecido...

—No, es él, desde luego —dijo Duke—. Antes de morir pudo hablar y...

—¡No! —exclamó Adan—. ¡No es posible! Ese hombre tiene la lengua... Bueno, no hay más que verlo para comprender que de sus pobres labios no ha salido ni una palabra.

—No, desde luego, no podía hablar como usted y como yo; pero, la ciencia progresa y se ha inventado un micrófono llamado de laringe, que recoge por la parte exterior del cuello las vibraciones y las transforma en palabras. Es lo que se emplea actualmente en los campos de batalla. En medio de un intenso bombardeo, nadie podría hacerse oír a través de un micrófono normal, que recogiera las vibraciones de la voz y, al mismo tiempo todos los otros sonidos, por ello se emplean los micrófonos de laringe, mucho más prácticos. Me proporcionaron uno hace algún tiempo y he podido utilizarlo ahora.

—¿Dijo algo más este hombre? —preguntó Adan, que continuaba examinando el cuerpo.

—No. No pudo ni decirme quién lo había asesinado ni los motivos.

—Una lástima, ¿verdad?

—Muy grande, doctor.

—Si ya sabía quién era, ¿por qué me hay hecho venir? —preguntó Adan, que seguía examinando curiosamente aquel cuerpo.

—Para que me aclarase lo que está observando.

—¿Qué observo?

—Las amputaciones, ¿verdad?

—Sí.

—¿Muy interesantes?

—Algo.

—¿Las habría podido realizar un aficionado?

—No, en absoluto. Sólo un cirujano sería capaz de cortar tan bien.

—Es lo que, yo sospechaba. Tendremos que buscar a un médico, o, mejor dicho, a un cirujano.

—Ningún médico honrado sería capaz de cometer semejante crimen —declaró, fogosamente, Adan.

—Es que yo no buscaré un cirujano honrado, sino a uno de esos que se dedican, especialmente a la cirugía plástica en ayuda de los gangsters que, fugitivos de la justicia, necesitan que alguien les desfigure la cara para poder así escapar mejor.

—Siempre me ha costado un esfuerzo creer en la existencia de semejantes hombres —dijo Adan—. Manchan el buen nombre de nuestra profesión y merecerían que se les condenara a muerte.

—Opino como usted, doctor. Y como ya le he molestado demasiado, le ruego me disculpe.

—De nada, señor Straley. Si alguna vez me necesita...

—Esté seguro de que acudiré a usted. Adiós doctor.

Adan despidióse de Susana y en cuanto hubo salido de la casa, Duke dejóse caer en un sillón, frente a la joven.

—Bien —dijo—; creo que ya hemos dado bastante publicidad a lo ocurrido.

—¿Cómo?

—El amigo Max Mehl lo sabe, lo sabe el doctor Adan y lo sabe la telefonista del hospital, que en el momento en que yo hablaba lanzó unas cuantas suaves exclamaciones que no pudo contener.

—¿Y es importante que se sepa eso?

—Mucho. Quiero que la banda ataque, o haga algo...

—¿Por qué cree que existe una banda?

—En primer lugar porque identifiqué la manera de conducir el auto en que trajeron el cuerpo de Gilbert. Sólo los gangsters son capaces de tomar un viraje como lo tomaron los que iban en el coche. Además vi asomar por una de las ventanillas el cañón de una ametralladora *Thompson*, arma predilecta de ellos. Otro detalle es la utilización de un cirujano. Casi todas las bandas tenían algún buen cirujano para que les extrajera los proyectiles del cuerpo. Un bandido novato no habría podido encontrar un médico así.

—A menos que se tratara de un cirujano —observó Susana.

—Si el culpable fuera un cirujano, no tendría a su disposición una banda de pistoleros. Aun es pronto para fijar en un punto determinado las sospechas.

—¿Y no sospecha de John Kerbey? —preguntó Susana.

—Sospecho de él, y de Ismael Brown.

—¿De Ismael Brown? —protestó Susana—. ¡Pero si es la honradez hecha persona! Nunca sospecharía de él.

—Por regla general, los verdaderos culpables son poco sospechosos.

—Eso no es una verdad muy exacta, señor Straley. He visto cientos de fotografías de criminales y siempre me he asombrado de que les permitieran pasear libremente por las calles. Unas caras como las suyas hablaban a gritos de delincuencia y criminalidad. No se concibe que desde que nacieron no se les encerrara en un penal.

—A sus palabras podría replicarle con otras, y dentro de un par de horas aun andaríamos discutiendo sobre lo mismo. Voy a salir un momento. No abra a nadie la puerta. Quédese aquí y no olvide que mientras se encuentre en esta casa está en una fortaleza.

—¿Y va a dejarme con ese cadáver? —preguntó Susana, sin disimular su nerviosismo.

—Puede tener la seguridad de que, desgraciadamente, ese cadáver no puede causarle ningún daño. Para el pobre sería mucho mejor poder hacerlo, pues significaría que estaba lleno de vida. Además, si usted no entra en mi laboratorio ni siquiera se enterará de la presencia de los pobres despojos de Edwin Gilbert.

—¿A dónde va? —preguntó Susana.

—A hacer algo un poco desagradable.

—¿Va a asesinar a alguien?

—No. Por el contrario, voy a dejarme asesinar. O por lo menos a dejar que intenten asesinarme.

—El problema está muy bien planteado; pero yo no lo comprendo.

—Voy a servir de anzuelo y de gusano. Supongo que eso tampoco lo entenderá.

—No, no, tampoco lo entiendo.

—Pues es muy sencillo. Cuando uno quiere ir a una montaña, lo mejor que puede hacer es ir hacia ella en lugar de esperar a que la montaña vaya hacia uno.

—¿Quiere decir que usted va hacer de gusanito clavado en un anzuelo para que los autores del envío del cuerpo ese le suelten un bocado y se claven el anzuelo?

—Exacto.

—Bien, eso quizá me resuelva una duda que he tenido siempre.

—¿Qué duda?

—Muchas veces me he preguntado qué es del gusano, después de haber mordido el pez el anzuelo. ¿Queda devorado por el pez? ¿O se lo come el pescador?

—Eso podré decírselo mañana, después de mi experiencia. Adiós. Y no olvide que no debe abrir la puerta a nadie.

Duke entró de nuevo en el laboratorio y al salir lo hizo vestido con una gabardina y cubierta la cabeza con un viejo sombrero de fieltro.

Capítulo 4

UN PASEO ENTRE ASESINOS

Duke habíase sentado al volante de uno de sus autos, que guardaba en el garaje adyacente a su casa. Como medida de precaución, antes de ponerlo en marcha, examinó la instalación eléctrica del coche, pues no sería la primera vez en que un hombre era enviado al cielo por la explosión de una carga de dinamita conectada con la ignición, de forma que al poner en marcha el motor se hacía estallar el explosivo. Comprobado esto y comprobado también que el auto no se hallaba sujeto a ninguna mina, ni se hallaba en el camino que debía recorrer hasta la calle ninguna otra clase de explosivo, Duke subió al coche y arrancó suavemente.

La sinfonía de los ruidos ciudadanos estaba en su fase menor. El tráfico era escaso y una extraña calma pesaba sobre la activa ciudad. Duke avanzaba rápidamente, a la vez que llevaba a cabo algunas extrañas operaciones. En el momento en que las terminó y sus manos descansaron sobre el volante oyóse un estallido y el auto cabeceó violentamente. Un neumático delantero acababa de reventarse.

Duke descendió y examinó la avería: Antes de que pudiera ni empezar a cambiar la rueda, una voz ordenó detrás de él:

—Manos arriba y no haga tonterías.

Duke levantó lentamente las manos y volvióse hacia el que le había dado la orden. Era un tipo moreno, de cabellos grasientos que asomaban por debajo de la visera de una sucia gorra. Empuñaba una ametralladora *Thompson* y miraba ferozmente a Duke. Otros dos hombres, igualmente armados, surgieron de un portal, avanzando hacia el joven. Algo más lejos oyóse el zumbido de un motor y un auto de conducción interior acercóse al de Duke, deteniéndose delante del mismo.

—Suba —ordenó el que antes le había ordenada que levantara las manos.

—¿A dónde vamos? —preguntó, Duke, sonriendo.

—Ya lo verá cuando lleguemos allí —replicó el jefe, entrando en el vehículo y sentándose junto al chófer.

—¿Y si no quiero subir al auto? —preguntó Duke.

—Le mataremos aquí —replicó uno de los otros bandidos.

—¿Se atreverán a armar tanto ruido? —preguntó el joven.

—Nuestras armas van provistas de silenciadores y no hacen ruido —advirtió el jefe.

—Ante semejantes argumentos, creo que no me queda nada mejor que hacer, que subir —dijo Duke, subiendo al coche y sentándose en el asiento posterior. Detrás de él entraron los otros dos bandidos, que se instalaron uno a cada lado del joven, en tanto

que el jefe, desde el asiento delantero, le encañonaba con la ametralladora que empuñaba.

—Supongo que no sentiré tentaciones de escapar, ¿verdad? —preguntó el bandido.

La respuesta de Duke, fue una extraña sonrisa y un profundo silencio. El auto arrancó violentamente y marchó hacia la parte norte de la ciudad.

El joven millonario, miraba burlona y despectivamente a sus guardianes. Eran peores que ratas. Muy valientes con una ametralladora en las manos. También lo eran con una pistola automática o un revólver. Y hasta con una escopeta de caza con los cañones cortados, capaz de soltar una carga de perdigones gruesos que bastaría para partir en dos a un hombre situado a diez metros. Por lo tanto, en aquellos momentos, a pesar de estar junto a un hombre tan famoso como Duke Straley, todos se sentían seguros.

—El gran Duke Straley, el aventurero millonario, el detective sagaz, el amigo de la Ley, marcha a dar un paseo, acaso el último —rió, brutalmente, el jefe de la pandilla acariciando el frío cañón de su ametralladora.

Duke le replicó con una burlona sonrisa.

—Corred las cortinillas —ordenó el jefe—. No quiero que ningún estúpido policía meta las narices donde no le importa.

Las cortinillas fueron corridas y el auto comenzó a ascender por Broadway, y en dirección a las afueras de la gran metrópoli.

—¡Deja ya de reír como un conejo! —gritó el jefe, inclinándose hacia Duke—. ¿Crees que nos emocionan esos aires de emperador camino del patíbulo?

—¡Deja de reír o...! —rugió el jefe.

Uno de los bandidos que se sentaban a ambos lados de Duke dijo:

—No le molestes más, hombre. Al fin y al cabo es la última oportunidad que le queda de poder seguir sonriendo.

—¡Me dan ganas de terminar con él aquí mismo! —replicó el jefe.

—¡Órdenes sor órdenes! —repuso el tercer bandido—. Por aguardar media hora no va a ocurrir nada, y el pobre tiene derecho a vivir todo el tiempo que el jefe le ha dado de plazo.

Continuó el auto su marcha ascendente, y al llegar a la Avenida de San Nicolás, Duke comenzó a lanzar un suave silbido, casi un siseo.

—¿Estás muy contento? —Gruñó uno de los pistoleros.

Duke le dirigió una irónica mirada y se encogió de hombros. Tenía los labios apretados y sólo emitía el continuo siseo.

—¿No quieres hablar? —preguntó el jefe—. Está bien, dentro; de poco perderás toda oportunidad de volver a hablar.

En aquel momento el auto trazó unas eses en la calle.

—¡Cuidado como conduces! —gritó el jefe, volviéndose hacia el chófer—. No apartes la vista de la calle.

En aquel momento el coche fue sacudido violentamente.

—¡Imbécil! —chilló el jefe, muy excitado.

—No puedo evitar todos los baches —gruñó el conductor.

Durante unos segundos sólo se oyó el zumbido del motor y, de pronto, el auto volvió a ser violentamente sacudido.

—¡No sé lo que me pasa! —se quejó el chófer—. Tengo un dolor de cabeza...

—Pues ve con cuidado —dijo, con voz densa, el jefe.

Tenía los ojos brillantes y había dejado resbalar de sus manos la ametralladora, para apoyarse con más fuerza en el respaldo de su asiento.

Duke siguió impasible. Ya no silbaba. En su expresión y en su silencio había algo amenazador.

El jefe de la pandilla movió los labios como queriendo hablar; pero sólo emitió unos sonidos incoherentes. El pistolero que se encontraba a la derecha de Duke se llevó la mano al cuello; pero la dejó caer sin fuerza. El de la izquierda estaba echado hacia atrás e inmóvil.

Súbitamente, el conductor cayó de bruces. El jefe no hizo ningún esfuerzo por tomar la dirección, y evitar que el auto se desviara. Si Duke no hubiera saltado hacia delante y hubiera cerrado las manos en torno del volante, el coche habríase lanzado contra un farol.

Durante unos segundos, Duke luchó por mantener el auto en buena dirección. Luego, empujando a un lado al conductor, guió hacia la acera y detuvo el auto junto al bordillo. De cuando en cuando consultaba su reloj de pulsera. Cuando hubieron transcurrido otros cinco minutos, abrió la portezuela del coche y saltó a tierra. En seguida bajó los cristales de las ventanillas y dejó que el aire penetrase dentro del vehículo.

El auto se había detenido junto a la calle 220, a la vista del puente sobre el río Harlem. Duke permaneció un buen rato junto al coche, como si aguardase algo. Mientras tanto retiró de los agujeros de su nariz dos bolas de algodón empapadas de un líquido amarillento y las dejó caer al suelo. También sacó de un bolsillo interior una pequeña bolsa de goma, por el estilo de las que se utilizan para contener agua caliente. Aquella bolsa estaba provista de una espita y había contenido un poderoso gas cuyos efectos perdurarían en los bandidos durante unas cuantas horas y de los que él se había librado gracias a los algodones empapados de un líquido que anulaba la acción del soporífero.

Cuando juzgó que el interior del auto estaría libre de toda partícula de gas, Duke subió de nuevo a él y emprendió el regreso. Los cuatro bandidos dormían profundamente, y Duke, sin ningún miramiento, los amontonó detrás.

Antes de dirigirse a su casa, se detuvo ante un teléfono público y después de echar una moneda de níquel marcó un número. Durante varios segundos escuchó la señal de llamada del otro extremo del hilo y, por fin, la voz de Butler, su mayordomo, llegó hasta él.

—¿Quién?

—Soy, yo, Butler —replicó Duke—. Te necesito.

—¡Oh, señor Straley! ¿Cuándo ha llegado?

—Esta tarde, Butler. Han ocurrido muchas cosas y necesito tu ayuda. Creo que habrás hecho acopio de sueño para varias semanas. Arréglate y ve a casa. Antes de entrar, llámame por teléfono. Si no responde nadie no entres.

—¿Debo llevar algo? —preguntó el mayordomo, quien durante los meses que Duke había pasado en California vivió una existencia anormalmente apacible.

—No, sólo te necesito a ti. No pierdas ni un minuto. Adiós.

Duke regresó al coche y doce minutos después se detenía frente a su domicilio. Cerrando el coche, contempló un momento la casa y, al fin, murmuró:

—Creo que he sido un idiota. No debí dejarla dentro.

Acercóse al farol que iluminaba toda la fachada de la casita y apretó un oculto resorte, por medio del cual se abrió una parte del poste, que reveló un compacto y complicado mecanismo. De una especie de depósito rectangular, sacó varias tiras de papel rosado. Las primeras tiras que examinó mostraban todas la misma vista: la puerta de entrada de la casa.

La cuarta tira mostraba también la puerta; pero a ambos lados de ella se veían dos hombres con el rostro cubierto por un pañuelo. Un tercer hombre, vuelto de espaldas a la calle, parecía estar llamando a la puerta.

Cada tira contenía seis fotos por el estilo de las que se impresionan en los aparatos automáticos. En la tira que sostenía Duke entre las manos se veía primero la puerta vacía, luego con los tres hombres indicados. La tercera foto mostraba la puerta abriéndose. La cuarta volvía a mostrar la puerta sin ninguno de los tres hombres.

Otras dos tiras sólo mostraron la puerta; pero luego, en la siguiente, aparecían los dos hombres enmascarados sacando de dentro de la casa a Susana Cortiz, que parecía desmayada. Nuevamente se veían varias vistas de la puerta, hacia la cual estaba enfocado el objetivo de la máquina oculta en el farol. Luego varias figuras humanas volvieron a aparecer. Cuatro hombres metían dentro de la casa una pesada caja de madera. Una fotografía sin nada y otra mostraba a los mismos hombres saliendo de la casa con las manos vacías. Después aquellos mismos hombres volvían a entrar cargados con otros paquetes más pequeños. Un par de fotos en blanco y, por último, los cuatro bandidos saliendo con cajas, evidentemente vacías.

Todas las fotos siguientes mostraban sólo la entrada de la casa. Duke consultó unas cifras grabadas junto a cada fotografía y al llegar a la que mostraba a Susana siendo sacada por los bandidos murmuró:

—La raptaron a las once y treinta y dos minutos por un grupo compuesto, por lo menos, por cinco hombres.

Cualquiera que hubiese visto en aquel momento la expresión de Duke Straley habría protestado de que alguien considerara al famoso millonario un hombre atractivo. En sus facciones se pintaba el odio más implacable.

De otro rincón del interior del farol sacó Duke un pequeño micrófono cromado y después de mover una clavija ordenó:

—Levanta las manos, cobarde.

Sin agregar nada más volvió a guardar el micrófono y apretó el botón de una especie de timbre. Hecho esto, cerró el misterioso escondrijo y dirigióse hacia su casa. Abrió con la llave y al entrar desenfundó su pistola.

El vestíbulo aparecía brillantemente iluminado, y se escuchaba un continuo zumbido. Avanzó por el pasillo y sonrió al ver a un hombretón luchando por arrancar de la pared una Colt automática calibre 45 provista de un largo silenciador.

—Es inútil —dijo—. Necesitaría usted mucha más fuerza de la que posee un tractor para arrancar de ahí esa pistola.

El hombre, que vestía un sucio y mal cortado traje, volvióse hacia Duke. Su aspecto era el de un ser acorralado.

—¿Qué significa esto? —murmuró—. ¿Es que hay fantasmas?

—Tal vez.

—Pero... es que me han arrancado la pistola de las manos...

—Ya lo sé, acérquese o dispare.

Asustado, el hombre se aproximó. Al llegar ante Duke éste le ordenó que le tendiese las manos. El otro lo hizo y unas esposas de brillante acero se cerraron en torno de sus muñecas. Después de esto, Duke pulsó un oculto timbre y cesó el zumbido. Los electroimanes habían sido desconectados.

—Sígame —ordenó Duke—. Y no olvide que no me importaría matarle de un tiro.

El bandido obedeció. Estaba demasiado asustado para desobedecer a aquel hombre cuyos poderes resultaban tan fantásticos. Cuando vio como Duke descolgaba, sin mayor esfuerzo, el arma que él había intentado en vano recuperar, su asombro creció enormemente. Le siguió hasta el salón y, lívido de terror, vio como guardaba en un cajón la pistola que le había arrebatado. Luego vio cómo Duke enfundaba la suya y, de otro cajón, sacaba un revólver Smith y Wesson, lo abría y lo cargaba con unos cartuchos que antes sumergió en un líquido verdoso. Cuando Duke se volvió hacia él, el pistolero retrocedió, tartamudeando:

—¿Qué va a hacer conmigo?

—¿Qué te mereces? —preguntó Duke, apretando fuertemente el revólver.

—¡No me mate! —gimió el bandido, que, desprovisto de sus armas, era tan cobarde, como el que más—. ¡Se lo diré todo!

—¿Qué me dirás? —preguntó Duke.

—Lo que usted quiera.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Jack Kallas.

—¿Utiliza también el nombre de John Kerbey?

—Si, si.

—¿Y para qué se ha querido apoderar de la señorita Cortiz?

—No sé; pero dijo que se lo explicaría todo en la carta.

—¿En qué carta?

—En la que dejó en su laboratorio. Allí la encontrará usted.

—Veremos si es cierto —replicó Duke.

Al volver la espalda al bandido, no pudo ver la sonrisa de alegría que se dibujaba en el rostro del pistolero, sonrisa que se acentuó cuando la mano de Duke Straley hizo girar el tirador de la puerta.

Capítulo 5

TRAMPAS MORTALES

De pronto los ojos del maleante se llenaron de horror. Hasta aquel momento no se le había ocurrido que la misma trampa en que iba a caer aquel hombre podía cerrarse sobre él. Quiso gritar un aviso y la voz se ahogó en su garganta. La puerta se estaba abriendo.

Por la ranura que quedaba abierta, Duke pasó la mano y encendió la luz de dentro del laboratorio. Luego, con extraordinaria rapidez, dejóse caer de rodillas al suelo y empujó la puerta hacia dentro. Todo ello lo hizo en menos de un segundo.

Oyóse un feroz rugido y un enorme tigre bengalés saltó hacia delante. Desde el suelo, Duke disparó tres veces, y las tres balas se hundieron en el hermoso cuerpo del animal, que, arrastrado por su propio impulso, fue a caer ante el aterrado bandido; pero cuando chocó contra el suelo, el felino quedó inmóvil. La vida había sido arrancada, no por el plomo de los tres proyectiles del pequeño revólver, sino por el potente veneno de que iban recubiertas las balas.

Sin volver la cabeza, Duke entró en el laboratorio. En el suelo, ante él, vio una recia argolla incrustada, a la cual había sido atado el tigre, hasta el momento en que al abrirse la puerta y mediante una conexión de alambres de acero, se había cortado la cuerda de cáñamo filipino que sujetaba al animal.

—¡Pobre bicho! —suspiró Duke, dirigiéndose al tigre muerto—. Eras el más inocente de toda esta canalla; pero tus intenciones eran muy malas, y si no te hubiese matado, tú habrías acabado conmigo.

Duke se quitó la gabardina y avanzó hacia uno de los armarios metálicos que se encontraban a un lado de su laboratorio. De súbito, una serpiente coralina saltó hacia delante, desde debajo del armario. Duke dejó caer sobre ella su gabardina, luego pisoteó violentamente la prenda y cuando se convenció de que debajo de ella ya no se advertía ningún movimiento, la levantó, dejando al descubierto el rojizo cuerpo de una serpiente coral.

Casi antes de poder examinar el cuerpo del reptil, Duke vio aparecer, por debajo de otro de los armarios, dos arañas negras y peludas, que sólo sus escrutadores ojos podían haber descubierto. Ofrecían un blanco difícilísimo; pero, no obstante, las dos balas disparadas contra ellas llegaron a su destino y las dos arañas «*Viuda Negra*» quedaron casi desintegradas por los proyectiles.

Duke cogió un pulverizador y proyectándolo contra el suelo comenzó a mover la palanca. Bajo la acción del líquido contenido en el pulverizador fueron surgiendo en el suelo unas claras huellas de pasos, siguiendo los cuales Duke llegó ante la puerta

que conducía a su laboratorio subterráneo. La puerta estaba entreabierta. De abajo de ella llegaba un continuo gemido. Era un «¡ay!» repetido una y otra vez.

El millonario abrió la puerta y movió la palanca de un interruptor colocado en un lado del pasadizo que conducía al sótano. Al momento se oyó un fuerte zumbido. Transcurridos unos instantes, Duke descendió al sótano, donde seguía escuchándose el gemido, que procedía de un disco gramofónico que giraba movido por un motorcito eléctrico. Sujeto a un pilar de cemento se veía un cilindro de acero.

Cuando Duke se disponía a acercarse a él vio en el suelo un carnet de la Policía de Nueva York. Su mano estaba ya casi encima del carnet cuando se contuvo, e inclinándose hacia el suelo examinó el piso en torno al carnet. No tardó en descubrir un finísimo hilo de acero, siguiendo el cual llegó hasta unas cajas ocultas detrás de un armario.

—No cabe duda de que tomaron todas las medidas necesarias para exterminarme —comentó—. Debo de ser muy duro de pelar.

Cuando Butler llegó a la casa encontró a Duke entretenido en la contemplación de su caza. Esta se componía de cinco pistoleros, cuatro de ellos profundamente dormidos, y el otro despierto; pero lleno de miedo. Además de los ejemplares humanos y vivos, Duke tenía ante él un tigre de Bengala muerto, una serpiente coral, muerta también, y una jaula que debía de haber contenido la serpiente. Otra jaulita de tela metálica y, junto a ella, sobre un papel, los restos de dos arañas de las llamadas *Viudas Negras*, un cilindro de acero que había contenido, a presión, oxígeno y cianuro; y, por último, una serie de cargas de dinamita conectadas con un falsificado carnet de la Policía de Nueva York, un fajo de positivos fotográficos, unos cinco mil dólares en billetes, tres ametralladoras *Thompson*, cinco pistolas automáticas *Colt*, dos de ellas del 45 y el resto del 9. Además, detrás de su amo, Butler vio, cubierto con una sábana y colocado sobre una mesa de operaciones, un bulto que tenía todas las apariencias de un cadáver.

—¿Qué te parece mi compañía? —preguntó Duke.

Butler tragó saliva y, por fin, contestó:

—Con su permiso, señor, diré que me parece una compañía muy desagradable.

—Indudablemente lo es —replicó Duke—, pero no hace mucho era bastante más desagradable que ahora. Todo lo que ves aquí lo creyeron necesario para eliminarme de este mundo.

—Y no lo consiguieron.

—Por fortuna no; pero se llevaron a la señorita.

—¿A qué señorita, si puedo preguntarlo?

—Puedes preguntarlo y yo puedo contestarte que la señorita se llama Susana Cortiz y sospecho que estoy muy enamorado de ella. Esa buena pieza de las esposas se llama Squint y él nos dirá, seguramente, dónde la han llevado.

—Le juro, señor Straley, que no sé nada —tartamudeó el pistolero.

—¿Por qué me lo juras? ¿Por Jesucristo?

—Por... por mi... por mi honor.

—¡Hombre! Entonces te creeré a pies juntillas. Si juras por tu honor no cabe duda de que mientes, porque tú no sabes ni has sabido nunca lo que es honor, ¿verdad?

—De veras, señor, no sé nada.

—Sospecho, que conozco los motivos que te impulsan a hablar así: tienes miedo a Kallas.

—No, no... —replicó Squint, sin conseguir dar a su rostro la expresión que se considera necesaria cuando se dice la verdad.

—No te impido que tengas miedo a Kallas, Squint —dijo Duke—; pero dentro de muy poco te demostraré que soy más de temer que pueda serlo Kallas. ¿Fue idea suya la de tenderme esta colección de trampas?

—No... no sé... Por favor, señor, yo no sé nada. Si Kallas sabe que he hablado me matará...

—Y si no hablas te mataré yo —respondió, indiferente, Duke—. Kallas está lejos y yo estoy cerca... ¿Quieres hablar?

—Por favor, no me obligue...

—¿Te gusta fumar? —preguntó Duke.

Y sin aguardar la respuesta de Squint le tiró un paquete de cigarrillos Old Gold que había encontrado en el bolsillo del pistolero. Este sacó uno de los deformados cigarrillos y lo encendió en la llama del mechero que le ofreció Butler. Empezó a fumar nerviosamente como si del cigarrillo extrajera las fuerzas que le eran tan necesarias. Duke le observaba atentamente. Al cabo de unos minutos le vio entornar los ojos y dar algunas cabezadas. Por fin el cigarrillo se escapó de los labios de Squint y éste cayó hacia atrás.

—¿Qué le sucede? —preguntó el mayordomo.

—Dormido —explicó Duke—. Inyecté en sus cigarrillos el suficiente narcótico para que al fumarlos le produjera este efecto. Vamos a prepararlo todo para el interrogatorio.

Cuando Squint despertó bajo los efectos de la aplicación a su nariz de lo que a él le pareció un potente perfume, su asombro fue tan grande como el que había experimentado cuando hasta sus oídos llegó una voz cuya procedencia ignoraba y le ordenaba que levantase las manos, a lo cual él había replicado empuñando su pistola sólo para verla escapar por el aire en dirección al fondo del pasillo.

Lo que en aquel momento veían sus ojos era menos extraordinario que lo anterior; pero no dejaba de ser casi tan sorprendente. Squint se encontraba sentado en un sillón de madera y sólidamente atado a él. Igualmente sentados y atados a otros sillones se encontraban Farquhar, Sharon, Heller y Conant, los otros pistoleros capturados por Duke Straley.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Squint, dirigiéndose a Conant, el jefe de la pandilla.

—Eso me gustaría saber —gruñó el pistolero—. Llevábamos a ese Duke a una

fiesta de fuegos artificiales, cuando, de pronto, nos quedamos dormidos y al despertar nos hemos encontrado aquí. ¿Sabes tú algo más?

—Ese hombre os entró en la casa y os dejó tirados en el suelo, después me dio un cigarrillo de los míos, empecé a fumarlo, y perdí la cabeza. Ahora la he recobrado. Me han hecho oler no sé qué...

—También a nosotros —dijo Conant—. Pero no he visto a nadie. Con ese hombre luchamos a ciegas. Si llego a imaginar la clase de enemigo con quien iba a enfrentarme no hubiera aceptado el juego. ¿Qué ocurrió con vosotros?

—Vinimos a tender las trampas dispuestas y yo quedé para matar a ese Duke en cuanto entrara. De pronto oí una voz que me ordenaba que levantase las manos, y como no vi a nadie saqué la pistola. En cuanto lo hice una fuerza invisible me la arrancó de las manos y fue a colgarla al final del pasillo. Quise descolgarla de allí; pero no pude hacerlo a pesar de mis esfuerzos. Creo que ni un remolcador se la hubiera llevado; sin, embargo, cuando entró ese Duke la descolgó como si fuese un alfiler.

—¿Y no viste quién te la quitaba? —preguntó Farquhar.

—¡En absoluto! Me la arrancaron de la mano y casi se me llevaron un dedo.

—¿Y las otras trampas que iban a tenderle? —preguntó Conant.

—No sirvieron de nada. Mató al tigre, a las arañas y a la serpiente. También inutilizó el gas y la dinamita. Ese hombre lo sabe todo.

—Hay cosas que ignoro, Squint —dijo en aquel momento la voz de Duke, brotando del centro de la estancia, aunque sin que se viera el menor rastro del millonario.

—¡Oiga! —protestó Conant—. No gaste bromas de esas. Deje que le veamos.

—¿Para qué? —rió Duke—. Basta con que os vea yo. Además, también os ve mi mayordomo; ¿verdad, Butler?

—Sí, señor; pero esos señores no son un espectáculo bonito.

—Ya lo sé, Butler. Son un espectáculo muy desagradable; pero ellos saben algo que a mí me interesa averiguar. Los interrogaremos y si son inteligentes hablarán. Si no lo son, insistirán en callar y, entonces... ¡Pobrecitos!

—¿No quería el señor que preparáramos la instalación eléctrica?

—Sí, vayamos allí.

Sonaron unos pasos en el suelo y la puerta de la habitación se abrió, cerrándose luego, en seguida.

—Se han marchado —susurró Heller, esforzándose por tragar saliva.

—Era un truco —gruñó, mal convencido, Conant.

En aquel momento abrióse la puerta y Duke, perfectamente visible, entró en la estancia.

—¡Hola! —saludó—. Voy a ocuparme de vosotros en tanto que mi mayordomo prepara los cascos eléctricos. ¿Queréis contestar a mis preguntas?

Los cinco bandidos permanecieron callados. Duke, al observarlo, se encogió de

hombros.

—Como queráis —dijo—. Es una tontería que persistáis en vuestra negativa. Os diré lo que me interesa saber; cuando queráis contestar, decidlo. En primer lugar quiero conocer el domicilio de Kallas. ¿Dónde se esconde? ¿No queréis decirlo? Bien, seguiré. Supongo que no sabéis dónde han llevado a la señorita Cortiz. Pero lo más lógico es suponer que la han llevado a casa de Kallas. Por lo tanto, esa pregunta se confunde con la anterior. Pasemos ahora a la siguiente. ¿Quién ayuda al Kallas? ¿No lo sabéis? Veo por vuestras caras que lo ignoráis; pero en cambio estoy casi seguro de que sabréis qué motivos impulsan a Kallas para intervenir en este asunto. ¿Qué beneficio espera obtener? —Los cinco bandidos permanecieron callados, y Duke, encogiéndose de nuevo de hombros, declaró—: No insistiré; pero uno a uno iréis pasando por algo que tenéis muy merecido. Butler, trasládalos a la cámara. Pero antes dales la inyección para que se hagan invisibles.

Entró el mayordomo con cinco jeringuillas de inyecciones ya preparadas y en menos de dos minutos aplicó una a cada uno de los bandidos sin hacer caso de sus protestas. Nuevamente los pistoleros se sintieron invadidos por un intenso sopor. Cuando despertaron se encontraron en un lugar aún más sorprendente que el anterior. Mejor dicho, cada uno de ellos creía encontrarse, pues aunque se veía él perfectamente y veía cuarto le rodeaba, en cambio no veían a nadie más.

Durante varios segundos, Squint estuvo mirando a derecha e izquierda, haciéndose cargo de la estancia en que se encontraba. Esta no tenía nada de alegre. Era estrecha, alargada, y en ella se veían dos sillones frente al suyo, otro a su derecha y un quinto a su izquierda. Aquellos sillones estaban vacíos.

—¡Conant! —llamó Squint, al oír un ruido junto a él.

—¿Qué? —respondió, a su derecha la voz de Conant.

—¿Dónde estáis? —preguntaron desde los otros sillones las voces de los restantes bandidos.

—¡No os veo! —gritó Squint.

—Ni yo a ti —dijo Conant.

Farquhar, Sharon y Heller dijeron casi lo mismo. Cada uno de ellos se veía a sí mismo, pero no veía a sus compañeros, aunque oía claramente sus voces.

—Un momento —gruñó Conant—. Parece ser que ninguno de nosotros puede ver a los demás, pero sí oírlos. Habla, Squint. Así sabré dónde estás.

—Estoy a tu izquierda —replicó Squint—. La voz llega del sillón que tengo a mi derecha.

—Bien —siguió Conant—. Squint y yo estamos a la izquierda del sillón que está en el fondo. ¿Quién está en él?

—Yo —contestó Farquhar—. Pero no os veo.

—Procura moverte —pidió Conant—. Así nos convenceremos de que el sillón está ocupado.

Farquhar echóse hacia delante y hacia atrás y consiguió mover ligeramente el

sillón. Los otros cuatro bandidos, al ver el movimiento del sillón que para ellos estaba desocupado, lanzaron un grito de terror.

—Ahora muévete tú, Squint —pidió Conant.

Squint obedeció y los otros vieron claramente el movimiento que hacía el pesado sillón.

—Ahora me moveré yo —dijo Conant.

El jefe de la pandilla se movió violentamente, y luego Sharon y Heller hicieron lo mismo.

—Es indudable que estamos todos aquí —admitió Conant—. Sin embargo, no podemos vernos.

—Eso se debe a la inyección que nos dieron —gimió Squint—. Ese Duke es un brujo.

—Lo soy —dijo en aquel momento la voz de Duke Straley—. Os he estado escuchando y me alegra ver que al fin os estáis convenciendo de mi poder. ¿Queréis contestar a mis preguntas? ¿No? Farquhar, empezaré por ti. ¿Dónde tiene Kallas su cuartel general?

—¡No lo sé! —replicó Farquhar.

—Está bien. El sillón en que estás sentado es en todo igual a la silla eléctrica de Sing-Sing. Tarde o temprano tenías que ir a parar a ella. Adelantaré un poco tu destino. Si no respondes a mi pregunta morirás electrocutado.

—¡No sé nada! —gritó Farquhar.

—¡Tú lo has querido! —gritó Duke.

Oyóse un fuerte zumbido y la lámpara que iluminaba la estancia se fue apagando lentamente hasta quedar la estancia a oscuras. Durante dos minutos completos la oscuridad fue intensa, oyéndose sólo el zumbido de la electricidad precipitándose por los cables de alta tensión. Luego se fue apagando el zumbido y la luz volvió a encenderse.

Un grito de angustia brotó de las gargantas de los bandidos. En el sillón del fondo se veía el cuerpo sin vida de Farquhar.

—Ahora voy por ti, Squint —dijo la fría voz de Duke, junto al bandido—. ¿Dónde tiene Kallas su cuartel general?

—¡No lo sé! —gritó Squint—. ¡De veras...!

Su voz fue ahogada por el zumbido. Apagóse la luz y cuando al fin volvió a encenderse, Conant vio en la silla, a su izquierda, el cuerpo de Squint.

—Ahora te toca el turno, Conant —siguió la impasible voz de Duke—. Si no quieres hablar sufrirás la misma suerte que tus compañeros.

—¡No, no! ¡Hablaré! —gritó Conant—. Kallas tiene su cuartel general en la calle State, número trece. En el edificio de la Compañía Exportadora Overseas.

—Veo que tienes más sentido del que me imaginaba. ¿Llevaron allí a la señorita Cortiz?

—Creo que sí; pero yo tenía otro trabajo...

—Ya lo sé —contestó la voz de Duke—. Ahora dime para qué necesitaban a la señorita Cortiz.

—Querían obligarla a vender sus tierras.

—¿Para qué?

—Porque hay en ellas algo que vale mucho; pero de veras que no sé lo que es. El jefe no tiene demasiada confianza en nosotros.

—Hace bien. Y ya que estás en plan de confianzas, cuéntame qué relación existió entre tu jefe y Gilbert. Me refiero a Edwin Gilbert.

—No lo sé, señor. De veras que no lo sé. Yo no había visto nunca a ese Gilbert; pero ayer el jefe nos dijo que lo cazáramos y se lo llevásemos.

—¿Dónde lo cazasteis?

—A la salida del hotel Germyn.

—¿Hizo resistencia?

—No, porque le dijimos que el jefe quería hacerle una buena oferta por lo de Cortiz.

—¿Qué queríais decir con eso?

—No lo sé; pero Gilbert pareció comprender, porque nos siguió muy contento.

—¿No imaginaba que ibais a asesinarlo?

—Supongo que no.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé. ¡Le juro que no lo sé! Kallas nos lo entregó tal como usted lo recibió y nos dijo que se lo llevásemos sin perder ni un minuto. Le aseguro que no me gustó nada aquel trabajo.

—Perfectamente. Iremos a ver a Kallas. Tal vez él pueda decirnos algo más.

Apagáronse las luces y al brillar de nuevo, Conant vio ante él a todos sus compañeros. Ya no eran invisibles y tanto Squint como Farquhar parecían estar despertando de un profundo sueño. Por el cerebro de Conant pasó la clarísima sospecha de que Duke Straley se había burlado de él, asustándole con un espectáculo teatral.

Capítulo 6

EN LA GUARIDA DE KALLAS

Duke abandonó el micrófono ante el que había estado sentado. El truco había dado excelentes resultados y Conant había dicho cuanto sabía, y aunque no era mucho, era lo suficiente para que Duke pudiera encaminar sus pesquisas hacia la completa solución del misterio.

El truco utilizado contra los cinco pistoleros era de los más sencillos. Cinco habitaciones iguales, y en cada una de ellas, la misma decoración, el mismo número de sillones, y en cada uno de éstos, un pequeño altavoz y un micrófono. De esta forma, cada uno de los bandidos creía estar frente a los otros, cuando en realidad, sólo estaba ante cuatro sillones vacíos, de los cuales surgían las voces de sus supuestamente invisibles ocupantes. Cuando se había hecho la oscuridad después de las falsas ejecuciones de Farquhar y Squint, Duke y Butler colocaron en las habitaciones que ocupaban Sharon, Heller y Conant, unos figurines vestidos como los supuestos muertos, de cuyos rostros hizo Duke una reproducción en cera.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono y Duke descolgó el aparato. El que llamaba era Max Mehl.

—¡Menudo susto nos has dado! —Gruñó el jefe de Policía—. Encontramos tu auto con un neumático reventado de un balazo y como dentro no había nadie pensamos que ya no volveríamos a verte vivo.

—Pues aun lo estoy; pero anduve muy próximo a quedar en una cuneta. ¿Sólo me necesitaba para eso, Max?

—Sí, sólo quería saber si estabas vivo o muerto. ¿Qué ocurrió?

—Cuatro pistoleros de Kallas quisieron ponerme los frenos. Yo se los metí a ellos y los tengo en casa atados y a punto de ser entregados a ustedes. Pueden pasar a recogerlos cuando quieran. Luego en casa encontré a otro, un tal Squint. Me esperaba con una pistola...

—¿Dutch Squint? —preguntó Max.

—No sé. Es un hombretón...

—Desde luego, es Dutch. Pertenece a la banda de Kallas. Buena presa. Hacía tiempo que lo buscábamos por el asesinato de dos agentes federales.

—Pues en casa lo tiene. También están Farquhar, Sharon, Heller y Conant.

—¡La banda casi completa!

—También tengo un cadáver —siguió Duke—. El de un tal Edwin Gilbert, marinero de los señores Prince. Lo desfiguraron un poco. Pase a recogerlo. Mi mayordomo les atenderá. Pero no vayan antes de dos horas. Quiero acabar unos

trabajos.

En aquel momento se oyó un fuerte golpe en la puerta de la calle, y Duke, colgando el teléfono, corrió hacia la salida, cerrando el paso a su mayordomo, a quien obligó a colocarse a un lado, en tanto que él corría a abrir.

Desde el interior del auto detenido frente a la casa, Jack Kallas sonrió duramente, y su mirada, pasando por los puntos de mira de su ametralladora *Thompson*, se clavó en el centro de la figura de Duke, que, enmarcado por la puerta, permanecía inmóvil como buscando al que había llamado.

—¡Dispare de una vez! —ordenó el hombre que se sentaba junto a Kallas, y éste apretó el gatillo del arma, que, provista de un silenciador, emitió sólo un blando «*po-po-pof*» a la vez que describía un corto y denso semicírculo.

Se vio a Duke llevarse las manos al vientre y, lanzando un grito de agonía que llegó hasta los ocupantes del auto, puntos de mira de su ametralladora convulsiones quedó inmóvil.

Kallas dejó a un lado la ametralladora y golpeó en el hombro del conductor del auto, que, pisando el acelerador, llevó lejos de allí el coche.

—Ya hemos terminado con él —dijo Kallas abriendo el cristal de la otra ventanilla para que el viento se llevara del interior del vehículo los vapores de la pólvora.

—Así hubiéramos tenido que trabajar desde un principio —replicó el otro ocupante del coche, que vestía un oscuro abrigo cuyo levantado cuello unido al sombrero hundido hasta los ojos le ocultaba perfectamente el rostro—. Hemos buscado medios demasiado indirectos.

—No concibo cómo pudo escapar a todas las trampas que le tendí —gruñó Kallas—. Lo que ocurre es que cuando uno quiere que un trabajo se realice como es debido, no tiene otra solución que realizarlo él mismo. Además, lo de enviarle el cadáver fue idea suya, y aquello lo enredó todo.

—¿Quién iba a suponer que escapara a cuatro magníficos pistoleros, un tigre, una serpiente, dos arañas, gas y a una carga de dinamita suficiente para volar una montaña?

—Lo importante es que Duke Straley ha muerto —dijo el otro—. Ahora la chica no tendrá más remedio que vendernos sus tierras y en seguida empezaremos a trabajar.

—En casa tengo el equipo —dijo Kallas—. Es lo mejor que he encontrado.

—¿Y el individuo? —preguntó el otro.

—También lo tengo. Es el mejor de su clase; pero he tenido que amenazarlo de muerte, pues de momento no quería hacer el trabajo.

—Supongo que en cuanto lo haya hecho se quedará en el fondo, ¿no?

—Desde luego —rió Kallas—. No es cosa de dejarlo para que vaya contando demasiadas cosas. ¿Dónde quiere que le deje?

—Junto a la Quinta Avenida.

Capítulo 7

LA RESURRECCIÓN DE DUKE

Butler se secó el sudor que perlaba su frente.

—¡Dios mío, si llego a abrir! —exclamó.

—Lo habrías pasado mal —dijo Duke, levantándose.

El metálico espejo que había reflejado la imagen de Duke, en tanto que éste de espaldas a la pared hacía todos los movimientos que Kallas había tomado por reales cuando sólo eran reproducción de una parodia, aparecía perforado por las pesadas balas disparadas por la ametralladora del gangster. Mientras Butler lo empujaba de nuevo hacia la pared, Duke examinó la puerta, en la cual se veía, clavado, un recio cuchillo que atravesaba una tarjeta. Arrancando el cuchillo, Duke retiró la tarjeta y leyó, escrito en ella:

«A la memoria del que fue famoso detective Duke Straley».

—Muy amable nuestro enemigo —dijo Duke, guardando la tarjeta—. Butler, dentro de un momento vendrá la Policía a hacerse cargo de los hombres que tenemos dentro. Evita asomar la nariz fuera de la casa. Adiós.

Utilizando la puerta posterior Duke salió en otro de sus autos. Apenas había doblado la primera bocacalle, oyó el gemir de una sirena de los autos de patrulla y supuso que la Policía iba a hacerse cargo de los presos.

Lo mismo creyó Butler, quien abrió la puerta, dando paso a tres fornidos policías, uno de los cuales, un sargento, preguntó:

—¿Dónde están los pájaros?

Butler le acompañó hasta la estancia donde se encontraban los cinco pistoleros. En el mismo momento en que abría la puerta recibió un terrible golpe en la cabeza que le derribó sin sentido.

—¡Hola, muchachos! —dijo el sargento, guardando la cachiporra que había utilizado—. Suerte que tenemos interferido el teléfono, pues de lo contrario ibais todos directos a Sing-Sing, y alguno se hubiera sentado en la silla caliente.

Rápidamente los falsos policías cortaron las ligaduras de los presos y los ocho salieron de la casa, metiéndose en el auto en que habían llegado, que se alejó sin utilizar ya la sirena.

Detrás del coche, a unos veinticinco metros, otro auto arrancó, siguiendo durante un par de kilómetros al auto en que iban los pistoleros.

—Me duele deshacerme de esos muchachos —suspiró Kallas, inclinándose hacia

su misterioso compañero.

—Ya han hablado demasiado —replicó el otro—. La Policía supondrá que todo ha sido obra de una banda rival.

—De todas formas ya no me servían para nada —dijo el gangster.

Después de torcer por varias bocacalles, el auto en que iban los ocho pistoleros se detuvo ante un pequeño garaje cuya puerta basculante fue levantada por uno de los ocupantes del vehículo. Entró éste en el garaje y el pistolero entró también, dejando que la puerta se cerrara por su propio peso.

En el instante en que la puerta chocaba contra el suelo oyóse una sorda detonación y unos instantes después un humo azulado se filtraba hasta el exterior.

—Me consuela el saber que no habrán sufrido nada —suspiró Kallas—. Es el mismo gas que falló con Straley. Me habría gustado preguntarles cómo estaba el cuerpo de nuestro querido detective.

—Vaya a su casa, Kallas, y prepare a Prescott. ¿Cree que Kohler estará dispuesto a ayudarnos?

—Claro —replicó el gangster—. Como no sabrá lo que ha sido de sus compañeros no sospechara nada. Cuando tengamos el tesoro nos desharemos de él y, ¡dos millones para dos!

El compañero de Kallas sonrió levemente y en su cerebro musitó:

—Para uno, ¡imbécil!

Pero si hubiera podido leer los pensamientos de Kallas no habría estado tan seguro de la imbecilidad del gangster, pues en el cerebro de éste se agitaba el mismo pensamiento de que dos millones para uno significan mucho más que la misma suma repartida entre dos.

Al llegar a la Quinta Avenida los dos hombres se separaron y Kallas se dirigió hacia la casa de la calle State, número 13.

Duke había dejado el auto a una distancia prudente y sin prisa dirigióse hacia la casa que albergaba la Compañía Exportadora Overseas. Ésta no parecía ser una empresa muy próspera, y a través de un sucio cristal se veía a un sólo empleado ocupado en la tarea de aprender a liar cigarrillos con una sola mano.

El millonario examinó detenidamente el cristal hasta encontrar un punto en que estaba roto, hallándose el agujero tapado con un trozo de papel engomado.

Pasando lentamente por allí, Duke hundió el dedo en el papel, rasgándolo, luego, deteniéndose un poco más allá, sacó del bolsillo una larga boquilla de ámbar y de una caja extrajo una bolita de cristal del tamaño de un guisante. Con movimientos rápidos, pero seguros, Duke introdujo la bolita en la boquilla e inclinándose como si quisiera introducir un cigarrillo en la boquilla apuntó a través del agujero del cristal hacia la pared más inmediata al empleado de la Overseas.

Soplando fuertemente, Duke envió la bolita a estrellarse contra la pared, a cosa de veinte centímetros de la cabeza de Kohler. Éste, desconcertado por el ruido, miró a su alrededor, pero al momento comenzó a estornudar violentísimamente, a la vez que los

ojos se le llenaban de lágrimas.

Aprovechando los efectos del gas contenido en la bolita, Duke abrió la puerta y deslizo hacia el fondo del pasillo, en tanto que Kohler seguía estornudando como si fuera a echar el alma por la nariz, por la boca y por los ojos. Cuando al cabo de dos minutos el acceso se calmó, Kohler estaba agotado y sin aliento.

Entretanto, Duke estaba registrando la planta baja. En las habitaciones había muchas cajas viejas y vacías, marcadas con etiquetas en las que se leían nombres extranjeros y direcciones exóticas. Indudablemente aquello era sólo un disfraz, para justificar las supuestas actividades de la Compañía.

En la parte trasera de la casa había un garaje, y lo único extraordinario que encontró en él Duke fue una red tendida de derecha a izquierda y a unos dos metros del suelo. La red iba de pared a pared y ocupaba la tercera parte del largo garaje.

Después de convencerse de que en el garaje no había nadie, Duke se encaramó de un salto a la red y con ayuda de una minúscula pero potente linterna eléctrica examinó el techo del garaje. En la parte central y encima de la red descubrió en el techo una trampa cuyos resortes quedaban disimulados por la instalación eléctrica. De la trampa al suelo del garaje habría unos cinco metros.

Descendiendo de la red, Duke continuó su investigación y subiendo por una escalera llegó al primer piso. Siguiendo un pasillo llegó al fin a un despacho. Un examen del suelo le permitió encontrar lo que buscaba y, satisfecho, volvió a salir, cerrando la puerta.

Un rápido examen de las habitaciones de aquel piso le permitió descubrir una pesada caja que contenía una serie de aparatos cuyo hallazgo fue como un rayo de luz en las tinieblas en que aún se movía.

Cerrando la caja continuó su investigación, y como en el primer piso no encontró nada más, dirigióse al segundo, que era el último. Aquella parte de la casa estaba en completo abandono; pero dos de las habitaciones se encontraban cerradas con sólidos candados.

Un momento de hurgar en uno de los candados bastó para que se abriera la puerta. Dentro de la habitación Duke vio a un hombre atado y tendido en un camastro. Acercándose a él preguntó:

—¿Quién es usted?

—Prescott. ¿Y usted?

—Un amigo. No diga a nadie que me ha visto. De momento le dejo aquí; pero esta noche...

Duke se inclinó al oído del hombre y le habló rápidamente. Prescott asintió varias veces con la cabeza y a su vez habló en voz baja. Por fin Duke le dio unas palmadas en el hombro y salió del cuarto, cerrando la puerta.

La otra puerta se abrió con igual rapidez, y Susana Cortiz, sentada en la cama y con la indignación reflejada en el rostro, le apostrofó:

—Creo que ya podría haber llegado antes, señor Straley.

—Sí... desde luego. La he echado mucho de menos y voy a seguir echándola.

—¿Es que no me va a sacar de aquí?

—Claro que no.

—¡Eh!

Susana parecía a punto de saltar contra Duke.

—¿Es posible que me deje aquí entre esos bandidos?

—Así pienso hacerlo. ¿Son muy desagradables?

—¡No bromeo, señor Straley!

—No bromeo. Digo la pura verdad. ¿Les ha vendido sus tierras?

—¡Claro que no!

—Mal hecho. Cuando el señor Kallas, alias John Kerbey, le pida una vez más que se deje convencer, acceda, firme la venta y guarde el dinero.

—¿Me dice eso después de haberme aconsejado que no vendiese?

—Yo nunca le aconsejé que no vendiera.

—Pero cuando yo dije de no vender usted lo encontró natural.

—Claro.

—¿Y ahora quiere que venda?

—Puede hacerlo.

—¿Cree que así me dejarán en libertad?

—Tal vez. ¿Ha visto al otro amigo de Kallas?

—No... Bueno, sí que le he visto; pero lleva un abrigo tan largo y con el cuello tan subido y el sombrero tan calado que resulta casi invisible.

—¿No ha reconocido su voz?

—Delante de mí no ha pronunciado ni una palabra.

—Eso quiere decir que se trata de alguien a quien usted conoce y también quiere decir que no piensan matarla, pues de lo contrario no les habría importado que usted reconociera al hombre misterioso que parece ser el cerebro director de esta empresa.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Susana.

—De una manera muy sencilla, pero un poco larga de contar. Escuche bien lo que voy a decirle y siga al pie de la letra mis instrucciones. Es posible que Kallas y el otro intenten, por última vez, convencerla de que debe vender su herencia. Aunque le ofrezcan diez mil dólares, acepte y pida que la pongan en libertad. Sin duda Kallas le dirá que no puede hacerlo hasta que haya transcurrido algún tiempo. Usted confórmese, firme, venda, cobre y haga lo que le ordenen. En caso de que se viera en peligro, aquí tiene una pistola automática. Es muy pequeña, calibre seis treinta y cinco, pero a veinte metros puede matar a un hombre, por muy recio y grande que sea. Puede esconderla en cualquier sitio y como no sospecharán que la tenga no la registrarán.

—¿Qué es lo que tanto les interesa de mi finca?

—Creo que es algo que vale muchísimo; pero hasta esta noche no lo sabré. Ahora debo marcharme, pues Kallas llegará de un momento a otro y no quiero que me

encuentre aquí. Tendría que matarlo y así no sabríamos nunca quién es el peor culpable, o sea, el misterioso señor *equis*.

—¿De veras piensa dejarme aquí?

—Claro. Ahora es preciso que usted sirva un poco de cebo. Adiós.

Duke acarició las mejillas de Susana y saliendo del cuarto cerró la puerta, bajó silenciosamente la escalera y una vez en el garaje abrió una de las ventanas y saltó a la calle. Lo hizo con el tiempo justo para esconderse en un portal inmediato, pues en aquel momento el auto de Kallas dirigióse hacia el garaje y penetró en él. La puerta se había abierto y cerrado automáticamente.

Capítulo 8

EXPEDICIÓN SUBMARINA

Max Mehl descolgó el teléfono y la voz de Duke llegó hasta sus oídos.

—¡Hola, Max! ¿Puedo hablar con usted?

—¡Hola, Duke! Sí, puedes hablar; por cierto que tengo grandes noticias. Ven a verme.

—No me atrevo a entrar en la Jefatura; podrían reconocirme y me dan por muerto.

—Al que casi encontramos muerto fue a su mayordomo...

—Max, le aguardo en el cruce de la Avenida Lexington y la calle 43, junto al edificio Chrysler. Recójame allí, pues tenemos que trazar un importante plan de acción.

Veinte minutos después un auto de la Policía deteníase frente al blanco edificio Chrysler. Duke cruzó la acera y entró en el coche, sentándose junto a Max Mehl, que le miró interrogadoramente.

—Empiece usted, Max. ¿Qué le ocurrió a Butler?

—Cuando llegamos allí para recoger a los bandidos, le encontramos tendido en el suelo, con un fuerte chichón en la cabeza. Los bandidos habían desaparecido. Al recobrar el conocimiento nos explicó que tres policías que llegaron en un auto patrulla debían de haberle atacado. Como no se trataba de policías verdaderos, sospechamos que Kallas los había liberado valiéndose del truco de los falsos policías. Dimos orden, por radio, de detener al falso auto patrulla, y al poco rato nos llegó la información de que dentro de un garaje de la calle veintidós Este había ocurrido algo horrible. Acudimos allí y encontramos, asfixiados, a la banda completa de Kallas. Alguien debió de disponer de un cilindro de gas con un disparador conectado con la puerta. Esta quedaba separada del disparador por un taquito de madera y al ser levantada el taco cayó. Al cerrarse la puerta pegó contra el disparador y el gas inundó el garaje. Los bandidos murieron sin darse cuenta de lo que les ocurría. ¿Fuiste tú quien los eliminó?

Duke movió negativamente la cabeza.

—No fui yo —dijo—. Me conformé con asustarlos.

—Entonces, ¿quién crees que puede haber sido?

—Kallas tiene en perspectiva el golpe más formidable de su carrera. Un golpe de millones, y no quiere repartir el botín con su gente.

—¿Crees que ha sido él el asesino?

—Él o su cómplice.

—¿Qué cómplice?

—Un tal *equis*. Se firma así.

Duke tendió a Max la tarjeta que había recibido atravesada por el puñal. Luego explicó parte de lo ocurrido, aunque callando la dirección de Kallas y su visita a la casa.

—¿Por eso quieres que te demos por muerto?

—Sí. Tanto Kallas como *Equis* se sentirán más seguros. Ahora necesito una lancha rápida que me permita trasladarme en seguida a Nueva Jersey. Además, necesito un equipo de buzo y, a ser posible, un buzo.

—Pides muchas cosas; pero las tendrás.

Max ordenó al chófer que les condujera hacia la parte baja de la ciudad y media hora después, él, Duke y un grupo de policías marchaban en una de las veloces lanchas del servicio de guardacostas. A las cuatro de la tarde la lancha penetraba en la Ensenada de Gilbert y se detenía junto al embarcadero de la casa de Tobías Cortiz.

—Si.

—Suba a la lancha y díganos dónde cree que se hundió la gasolinera.

Atraído por la llegada de la lancha, Ben Lawton, el centinela, acercóse, saludando a Duke y mirando suspicazmente a los policías.

—¡Hola, Ben! —saludó Duke—. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Me han envenenado los perros —replicó el hombre—. Si supiera quién ha sido...

—Le pagaré lo que valgan sus perros, Ben; pero ahora necesitamos de su ayuda. ¿Vio usted el accidente que costó la vida al señor Cortiz?

Aun no muy convencido, Ben se embarcó con los policías y señaló el punto donde creía que se había hundido la gasolinera. Entretanto, el buzo que iba en la lancha se puso la escafandra, que era de las utilizadas para las grandes profundidades, y descendió al fondo. Durante una hora estuvo trabajando, y al fin anunció que su labor había sido coronada por el éxito. Fue descendido un cable provisto de varios garfios y poco después varias cajas surgían del agua y eran depositadas en la cubierta de la lancha.

—Que las abran con el mayor cuidado posible —pidió Duke.

Diez minutos después las cajas volvieron a ser cerradas y devueltas al fondo del mar.

* * *

A las once de la noche, una lancha penetraba sigilosamente en la ensenada de Gilbert. El silencio era sólo turbado por el motor de la lancha, y al poco rato tampoco se oyó este ruido, pues la embarcación habíase detenido en el centro de la ensenada.

—Por lo visto a estas horas el vigilante está durmiendo —gruñó Kallas.

Su compañero trataba de escudriñar la costa, sin descubrir la menor señal de vida.

—No, no parece haber nadie —admitió—. Empecemos.

Kallas volvióse hacia el hombre que se sentaba en el puente, junto a una bomba de aire, y ordenó:

—Prescott, prepárate.

Prescott se puso en pie y fue hacia la pesada escafandra destinada al trabajo en las grandes profundidades. Ayudado por los dos hombres se metió en ella y cuando estuvo encerrado dentro del metálico traje no pudo contener un estremecimiento de miedo.

Kallas cerró las mirillas y el otro hombre empezó a hacer girar la manivela de la bomba de aire. Por su parte, Kohler, que también acompañaba a los expedicionarios, puso en marcha el motor de la pequeña cabria y el buzo fue levantado del puente y luego fue descendido al fondo del mar.

Kallas consultó un tosco mapa y, dirigiéndose a su compañero, dijo:

—Si Gilbert no se equivocó al trazar el mapa estamos en el lugar exacto donde se hundió la lancha.

El otro no replicó, limitándose a seguir moviendo la bomba.

Prescott, entretanto, iba descendiendo hacia el fondo de la ensenada, y había encendido ya su potente lámpara eléctrica. Miraba sin cesar hacia todos los puntos, temiendo que la promesa que le había sido hecha no fuera cumplida.

Al llegar al fondo lo anunció por teléfono y comenzó a caminar en busca de los restos del naufragio de la gasolinera de Cortiz. De pronto, frente a él vio brillar una luz que se encendió y apagó variad veces. Avanzando más de prisa, Prescott llegó junto a los destrozados restos de una gasolinera. Frente a él otro buzo que hubiera podido ser su propio reflejo le señaló con las tenazas que le servían de manos unas cajas apiladas en la arena.

Aquel buzo sostenía con la otra mano un tubo de goma. Prescott asintió con la mano y arrodillándose. A través de la mirilla vio la sonrisa de satisfacción de Duke Straley, que tras algunos esfuerzos conectó con la escafandra de Prescott el otro tubo de aire, procediendo después a doblar convenientemente el tubo de Prescott, para que el agua no penetrase por él hasta el interior de la escafandra.

—Ya podéis dar aire —ordenó.

Y los que estaban dentro de la casa que había sido de Tobías Cortiz, comenzaron a hacer marchar la otra bomba de aire.

—Enviadme un cable —dijo entonces Prescott—. Ya he encontrado las cajas.

Por el cable de seguridad descendió otro previsto de unos garfios y ganchos. Prescott sujetó las cajas a él y ordenó que fueran subidas.

Kallas lanzóse sobre las cajas en cuanto llegaron a cubierta y de un hachazo abrió una de ellas. Dentro apareció una caja metálica que fue también abierta de un hachazo y de su interior surgió una gran cantidad de billetes de Banco.

—¡Ya lo hemos conseguido! —gritó—. ¡Dos millones!

Y levantándose de un salto corrió hacia el cable y el tubo de aire. Este lo cortó de un hachazo, y en cuanto al cable ordenó a Kohler que lo dejase caer al fondo del agua.

—Ese no hablará —dijo.

Kohler le miró aterrado, como adivinando lo que le esperaba; pero en aquel momento, hacia la entrada de la ensenada brilló una luz.

—¡Cuidado! —advirtió el compañero de Kallas—. Parece que ser una lancha de la Policía.

—¡Nos han descubierto! —exclamó Kallas—. ¿Quién puede habernos traicionado?

—Nadie; pero es lógico que vigilen estos sitios.

—¿Qué hacemos? —tartamudeó Kohler.

—Tal vez no sea la Policía —dijo Kallas.

—No podemos exponernos a equivocarnos —dijo el otro—. Utilizaremos el bote de la lancha. Saltaremos con él a tierra y lanzaremos la lancha hacia la boca de la ensenada.

Mientras Kohler y Kallas preparaban el bote y metían en él las cajas, el otro puso en marcha el motor de gasolina de la lancha, y sacando de un bolsillo una granada de mano, la envolvió con un cordel y la dejó sobre el depósito de la gasolina, luego arrancó la anilla de seguridad; pero la palanca quedó sujeta por el cordel. Cuando la gasolinera chocara contra algún obstáculo, el golpe haría caer la granada y al quedar libre del cordel haría explosión.

Cuando la lancha empezó a moverse, los tres hombres saltaron al bote, remando hacia tierra. La lancha aumentó su velocidad dirigiéndose directamente hacia la boca de la ensenada, alcanzándola en el instante en que el bote llegaba a tierra.

Un haz de luz enfocó la lancha y sonaron algunos disparos. De súbito la gasolinera chocó contra un banco de arena y cinco segundos después una enorme explosión la destruía, mientras que una capa de bencina inflamada cubría la superficie del mar, obligando a los de la otra lancha a retirarse.

—Me parece que han muerto todos —dijo Max cuando Duke y Prescott salieron del agua.

—No estaré seguro hasta ver sus cadáveres —replicó Duke—. El señor *Equis* me parece muy astuto y no puede creer que se haya dejado matar tan sencillamente. Volvamos a Nueva York. El misterio está ya resuelto; pero falta descubrir al señor *Equis*. Hubiera preferido utilizar mi sistema.

Capítulo 9

EL FINAL DE JOHN KALLAS

Dejando el bote en la playa, los tres hombres dirigieron hacia la carretera, salvando la cerca de alambre espinoso y llegando en unos minutos a la asfaltada carretera de Atlantic City.

—No podemos entretenernos —dijo Kallas—. Ahí viene un camión.

Kohler se situó en el centro de la carretera y agitó las manos haciendo seña al conductor del camión para que se detuviera. El chófer aceleró la marcha como si no viera a Kohler y sólo cuando casi estuvo encima de él frenó violentamente, desvióse a la izquierda y volvió a acelerar; pero Kohler aprovechó el momento para saltar al estribo del camión.

La luz del cuadro de instrumentos reveló el aterrado rostro de un grueso chófer que, tartamudeó:

—¡No... no dispare! Era una broma.

—¡Párate! —ordenó Kohler.

El chófer obedeció; pero siguió protestando.

—Es que tengo mucha prisa. He de estar en Nueva York antes de una hora...

—Nosotros también —dijo Kallas acercándose—. Tú siéntate junto a él y ya sabes lo que has de hacer si cometes alguna tontería. Nosotros iremos detrás.

Kohler desenfundó su pistola y sentóse junto al lívido chófer, que sudaba copiosamente; pero que obedeció todas las instrucciones del pistolero, y mientras los policías seguían registrando los alrededores de la incendiada lancha, los tres bandidos escapaban hacia Nueva York.

—Allí hay un bote junto a la orilla —dijo de pronto uno de los policías que estaban en la lancha.

Ésta dirigióse hasta aquel punto y Duke, ya despojado de su escafandra, exclamó:

—¡Nos han burlado! Han escapado por carretera.

—No tenían ningún auto —dijo el delegado de la Policía de Nueva Jersey.

—Pero pueden haber detenido uno cualquiera que pasase por la carretera —replicó Duke—. Tenemos que volver a Nueva York. ¡Pronto!

—La lancha podrá llevarnos...

—¡Nada de lancha! —protestó Duke—. Por muy deprisa que vaya no puede desarrollar una velocidad superior a cincuenta kilómetros. Hagamos como ellos. Salgamos a la carretera y detengamos un auto. Algo ha salido mal y la vida de Susana Cortiz está en peligro. —¿Crees que le puede ocurrir algo?— preguntó Max.

—Claro que le puede suceder. Si se dan cuenta de que los billetes son falsos se

pondrán furiosos y pueden cometer cualquier barbaridad.

—Eres tan aficionado a hacer las cosas de la manera más difícil, que alguna vez te convenía un buen escarmiento. Lo siento por la señorita. ¿Dónde está el escondite de Kallas?

—En la calle State, número trece —replicó Duke, oteando inútilmente la carretera con la esperanza de ver aparecer algún faro.

Transcurrieron casi diez minutos, que a Duke se le antojaron otros tantos siglos antes de que, al fin, se vieras a lo lejos el resplandor de unos faros.

—Servicio de la Policía —le explicó Max, mostrándole su carnet—. Llévenos a Nueva York. Le abonaremos la gasolina que consuma...

—Tenga —interrumpió Duke, metiendo en las manos del hombre un billete de cien dólares—. Arranque al motor hasta el último átomo de potencia y llévenos a Nueva York lo antes posible. Si estamos allí dentro de una hora le daré cien dólares más.

La respuesta del hombre fue pisar el acelerador y lanzar al coche por la carretera a una velocidad de vértigo, que hizo lamentar a Max la prodigalidad de su amigo.

—Vamos a matarnos —le dijo.

—Me lo tendría bien merecido —musitó Duke escondiendo el rostro entre las manos—. Tiene razón, Max. Me he creído muy listo y he querido obtener un triunfo espectacular; todo para deslumbrar un poco a Susana, y ahora quizá he puesto en peligro su vida... Un poco emocionado por el estado de ánimo de su amigo, Max sugirió, consoladoramente:

—Tal vez no se darán cuenta de que los billetes son falsos...

—En cuanto se fijan un poco en ellos verán que son falsificaciones —replicó Duke.

—Tú lo quisiste —refunfuñó Max Mehl—. A mí siempre me pareció que dábamos demasiados rodeos para llegar a un sitio muy claro.

—Más de prisa, por favor —pidió Duke, al conductor del auto, arrancando una exclamación de inquietud de Max Mehl.

—Nos estrellaremos.

—¡Ojalá! —chilló Duke—. Si han llegado a Nueva York quizá en estos momentos están poniendo en peligro a Susana.

En aquellos momentos, Kallas, Kohler y su compañero entraban en la casa de la calle State, después de separarse de un chófer que consideraba un milagro haber llegado vivo hasta Nueva York. Por un momento pensó en denunciar a la Policía lo ocurrido; pero al fin decidió que era preferible no meterse en más líos y retirarse a descansar; pero antes era mejor gastar una parte de los veinte dólares que le habían dado en un buen vaso de cerveza.

Entretanto los tres hombres penetraron en la casa y subieron al despacho de Kallas, cargados con las cajas extraídas del fondo de la ensenada. Los tres se miraban suspicazmente, como temiendo una agresión.

Dejando sobre la mesa la caja ya abierta, Kallas comenzó a sacar puñados de billetes y, de pronto, su mirada quedó fija en una de los billetes.

—¡Oh! —exclamó y, nerviosamente, empezó a examinar los otros billetes.

—¿Qué ocurre? —preguntó el otro, que seguía con el rostro cubierto.

Kallas empezó a reír histéricamente.

—¡Nos está muy bien! —gritó—. ¡Muy bien!

—¿Qué ocurre? —preguntó el otro.

—Abrid las otras cajas —dijo Kallas.

Los demás obedecieron y Kallas examinó unos cuantos billetes cogidos al azar de entre los que llenaban las otras cajas.

—¡Todos son iguales! —gritó—. ¡Y para eso hemos cometido tantos asesinatos!

—¿Qué quieres decir con eso de que todos son iguales?

—¡Qué son falsos! —exclamó Kallas—. No valen ni el papel en que están impresos. Y para conseguir esto...

El Misterioso X apartó a un lado a Kallas y cogiendo un puñado de billetes empezó a examinarlos con toda atención. Sí, no cabía duda. Eran billetes falsificados... y no de los más bien falsificados, por cierto. Volviéndose hacia Kallas, preguntó:

—¿Y qué haremos ahora?

—¿Qué haremos? Pues ver si nos es posible escapar de la Policía. Yo he perdido mi banda. Estoy solo, y no duraré mucho...

—¿No nos daría nadie nada por esto? —preguntó X.

—Nada, porque si a alguien le encontrara la Policía dos millones en billetes falsos lo metería en la cárcel por siete años, como mínimo.

X quedó pensativo y por fin replicó:

—Bien, hemos jugado y hemos perdido. Separémonos como buenos amigos. A la muchacha de arriba hay que dejarla en libertad. No podemos complicarnos más exponiéndonos a que nos acusen de secuestradores. Por fortuna no le pagaste los quince mil que le ofreciste por sus tierras.

—¿Se la lleva?

—Claro. La dejaré suelta en cualquier sitio. Adiós.

Cuando X abandonó la estancia, Kohler acercóse a Kallas y dijo:

—Podemos hacer una cosa, jefe. ¿De veras hay dos millones en dólares falsos?

—Claro.

—¿Sabe cuánta retira del Banco cada Semana la *United States Manufacturing Company* para pagar a sus empleados?

—¿Cuánto?

—Dos millones. Es la más importante industria de confecciones de Nueva York. Tiene un auto blindado especial para ir a recoger el dinero de los sueldos. Hace tiempo que teníamos proyectado el asalto al camión; Gallet del Banco nos proporcionaba la información. Con ese dinero podemos arreglar mejor las cosas. El

sábado entramos en el Banco con el dinero y hacemos que Gallet nos lo cambie por dinero bueno. Él se queda el falso y cuando los de la *United States* vayan a retirar el dinero, Gallet les dará el falso. Luego no tenemos más que apoderarnos de un auto tanque de gasolina y embestir con él el camión blindado. Dejamos correr la gasolina, incendiarnos el auto blindado y todo lo que vaya dentro quedará asado. Cuando abran el camión encontrarán el dinero convertido en ceniza y nadie sospechará que se trataba de billetes falsos. La Compañía de seguros abonará todo el dinero perdido, y entre los tres nos repartimos el dinero. ¿Qué le parece?

—Me parece que has tenido una buena idea. Guarda el dinero. En cuanto oigamos que ese tipo se larga redondearemos los planes. Se me ocurren algunas soluciones quizá mejores.

En aquellos instantes, X llamaba a la puerta del cuarto en que estaba encerrada Susana Cortiz.

—Señorita Cortiz; no grite —pidió—. Voy a probar de forzar el candado.

Forzó unos instantes el candado como si estuviese manipulando en él y por fin lo abrió con la llave que había cogido. Cuando abrió la puerta bajóse el cuello del abrigo y levantóse el ala del sombrero.

—¿Usted? —exclamó asombrada y alegre.

—Acompáñeme, señorita Cortiz. No podemos perder ni un instante. De un momento a otro pueden volver los bandidos.

—¿Le avisó el señor Straley?

—No, no. Llegué siguiendo una pista.

—¿No va usted armado?

—No, señorita.

—Tome —replicó Susana, mostrándole la pistolita que le entregara Duke. Dicen que a diez metros es capaz de matar a un hombre.

X guardó el arma y empezó a bajar, pidiendo a Susana que procurase hacer el menor ruido posible, pues era probable que hubiera alguien en la casa.

Susana le siguió confiadamente, y cuando estuvieron en la planta baja, fue guiada hacia la parte trasera del edificio. Saliendo por la puerta del garaje se alejaron por la desierta calle, hasta llegar ante una cabina telefónica pública, en la que entró el hombre, explicando:

—Tenemos que advertir a la Policía.

Marcó un número y cuando se contestó a su llamada, explicó:

—Quiero hablar con la Brigada de Investigación Criminal. Se trata de un asunto muy urgente.

Susana le escuchaba, llena de ansiedad.

—Óigame —siguió el hombre—. En la calle State, número trece, encontrarán a Jack Kallas... Sí, el gangster. Está refugiado allí, en el primer piso. Le acompaña uno de sus hombres. Están armados... De nada, no se merecen.

Colgando el auricular, el hombre anunció, sonriente:

—Los detendrán dentro de unos minutos. Ya no tiene usted nada que temer.

—¡Oh, gracias!

—¡Por favor, señorita Cortiz, eso no tiene importancia! En mi lugar cualquiera hubiese hecho lo mismo. El mismo señor Straley, si estuviese vivo...

—¿Vivo? ¿Es que no lo está? —preguntó Susana, temblorosa.

—No. Los periódicos de esta noche han dado la noticia de su muerte. Lo acribillaron a balazos... Pero ¿qué le sucede?

Susana le miraba incrédula.

—Pero... si no puede ser... si yo hablé con él esta tarde.

—¡Ah! ¿Habló usted con él? ¿Está segura?

—Por completo.

—Entonces se tratará de un error de información. Quizá lo mejor será que vayamos a su casa. Por ahí tengo mi coche.

* * *

El auto en que iban Duke y Max Mehl encaminóse hacia la calle State después de haber recibido su conductor otros cien dólares de Duke, por haber cubierto la distancia en el tiempo fijado por el joven. En el momento en que iba a entrar en la calle fue alcanzado por dos autos llenos de policías.

—¿A dónde van? —preguntó Max, saltando del coche y deteniendo al teniente que iba a entrar en el edificio de la *Compañía Exportadora Overseas*.

—A detener a Kallas, jefe —replicó el oficial—. Hemos recibido una denuncia...

Los policías habían empezado a entrar en la casa, y Duke ordenó:

—Que vayan algunos a la parte de atrás, existe una salida.

Luego, echando a correr, adelantóse a los policías y subió de cuatro en cuatro los escalones.

El ruido era tan grande que no cabía ya esperar que el jefe de la banda fuera cogido por sorpresa. En efecto, cuando Duke desembocaba en el pasillo a cuyo fondo se encontraba el despacho de Kallas, desde la puerta del mismo partieron varios disparos, Duke tiróse al suelo y, arrastrándose sobre las rodillas y los codos avanzó con una pistola en la mano, pero sin disparar. Detrás de él, un policía comenzó a disparar con una ametralladora y, lanzando un grito, Kohler abandonó su protección y cayó en el centro del pasillo.

De un salto Duke se incorporó y, a la carrera, alcanzó la puerta del despacho de Kallas.

—Buenas noches, señor Kerbey —saludó.

Kallas estaba detrás de su mesa, con las manos sobre ella y una burlona sonrisa en los labios.

—¡Hola, señor Straley! —replicó—. ¿Viene a detenerme?

—Sí.

—Lamento defraudarle; porque...

Súbitamente se oyó un chasquido y antes de que Duke pudiera disparar Kallas desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. El millonario saltó al otro lado y aún pudo ver como el cuerpo de Kallas desaparecía por la trampa que tenía dispuesta y que Duke había examinado ya.

Oyóse el horrible choque de la carne y los huesos contra el duro suelo de cemento y un grito de agonía se elevó desde el garaje a la vez que en él entraban los policías enviados por Duke.

Este vio, por un momento, que la red destinada a frenar la caída del cuerpo de Kallas había sido retirada y yacía en un rincón del garaje.

Hubiera querido averiguar qué había sido de Kallas; pero algo más urgente le obligó a subir al piso superior y buscar la habitación donde había estado encerrada Susana Cortiz.

Al hallarla abierta comprendió que el misterioso X había sido más astuto que él y, sobre todo, que Kallas.

Capítulo 10

EL MENSAJE DEL SEÑOR X

Como un meteoro, Duke descendió a la planta laja y corrió al garaje. En medio de un charco de sangre se veía a Jack Kallas.

—¿Ha muerto? —preguntó a Max.

El Jefe de la Policía movió negativamente la cabeza.

—Aún no; pero no creo que le queden muchos minutos de vida. Podía haber elegido otro sistema mejor para suicidarse.

—No se pensaba suicidar —replicó Duke—. ¿Han pedido una ambulancia?

—Claro. Llegará en seguida. ¿Por qué dices que no pensaba suicidarse?

—Debajo de la trampa por la que se lanzó había antes una red extendida para recibir el cuerpo que cayera por la trampa. La puede ver en aquel rincón; pero el señor *Equis* debió de retirarla presintiendo que Kallas si se veía acorralado utilizarla ese medio de escape.

—¿Otro crimen de *Equis*?

—Desde luego; pero si éste y otros podría perdonárselos, en cambio no le perdonaré nunca el que haya raptado a Susana.

—¿Eh?

—Sí, se la llevó. Y no creo para devolvérmela.

En aquel preciso instante sonó el timbre del teléfono que se encontraba en el garaje y el policía que respondió a la llamada dijo:

—Sí, sí. Está aquí. Aguarde un momento.

Volviéndose hacia Duke, le anunció:

—Señor Straley, le llaman por teléfono.

Duke corrió al aparato; pero nadie respondió a su pregunta y un momento después oyóse el chasquido del aparato al ser colgado al otro extremo del hilo.

—¿Quién era? —preguntó Max.

—No sé. ¿Podrían localizar el punto desde donde han llamado?

—Tal vez; pero si se trataba de alguien que te desea algún mal habrá tomado sus medidas y no creo que haya utilizado su teléfono particular.

Duke apretó los puños y acercóse a Kallas, de cuya garganta brotaba un agudo estertor.

—¡Óyeme, Kallas, óyeme! —le dijo al oído.

El jefe de los gangsters le miró un momento y, por fin, movió negativamente la cabeza, musitando:

—No diré nada... No... No hago traición a los compañeros.

—Los compañeros te han hecho traición a ti, Kallas. ¿Quién es «Equis»?

—No diré nada... me habéis matado...

—Equis fue quien te tendió la trampa. Él retiró la red...

—No... no diré nada... —Y al llegar a este punto, Kallas perdió por completo el conocimiento.

—Es inútil que le preguntes nada —dijo Max—. En su código de honor figura, sobre todo, el de no delatar a un compañero.

—Pero en cambio puede asesinar a ocho compañeros.

—Sí; pero ninguno de ellos, aunque hubieran sabido de dónde procedía el golpe que terminaba con ellos, le hubieran denunciado. Son así.

El gemido de la sirena de la ambulancia comenzó a oírse cada vez más próximo.

—¿Dónde lleváis a Kallas? —preguntó Duke.

—A Hospital Bellevue. Es el más próximo.

—Escuche, Max, haga todo lo humanamente posible por sacar a Kallas la información que necesitamos. Procure que diga dónde está Susana Cortiz. Y, por lo menos, que le diga quién es «Equis». Yo voy a mi casa. Llámeme allí por teléfono.

Duke salió del garaje en el momento en que Kallas era introducido en la ambulancia y en un taxi dirigióse a su domicilio.

* * *

—Buenas noches, señor —le saludó Butler, que llevaba la cabeza rodeada por un vendaje—. Me alegro mucho de ver que no ha sufrido usted ningún accidente grave.

—Gracias, Butler. ¿Se ha recibido algún mensaje?

—Hace un momento llegó uno. Lo lanzaron contra la puerta, como el anterior...

—¿Dónde está? —gritó Duke.

Butler señaló una mesita sobre la cual se veía una cuchilla de hoja muy recia y aguda y una tarjeta con un agujero en el centro.

—¡Dios mío! —gritó Duke, empezando a leer la tarjeta.

En ella se veía escrito lo siguiente:

«Duke Straley. Tengo a Susana Cortiz. No siento ningún interés por ella. Pero si quiere verla viva, tendrá que pagar dos millones de dólares. Para usted no es mucho. Haga que en la emisión matinal de la N. B. C. se anuncie su aceptación o renuncia. Susana Cortiz no me conoce y por lo tanto no me importa dejarla libre. Le diré dónde ha de dejar el dinero y cuando me haya convencido de que juega limpio le comunicaré dónde está su amada. Sé que no le queda otro remedio que aceptar. Le saluda. X».

—Dos millones —murmuró Duke—. Es una fortuna y, sin embargo, los pagaría

gustoso si supiera que a Susana no ha de ocurrirle nada; pero no veo las cosas tan claras como quiere presentarlas el misterioso *Equis*.

Dejóse caer en un sillón, y apoyando la barbilla en las yemas de los dedos índices, murmuró:

—Susana estaba encerrada en una celda; pero tenía una pistola automática. *Equis* subió a llevársela; pero Susana no disparó contra él. ¿Por qué no lo hizo?

—Tal vez no tuvo valor, señor —replicó Butler—. Algunas mujeres no se atreven a disparar una pistola.

—Susana sí era capaz de disparar una pistola —replicó Dulce—. Ha hecho cosas muchos peores que ésa. Pero en este caso ni disparó ni se defendió y se dejó sacar de allí sin ofrecer ninguna resistencia. ¿Por qué?

—No sé...

—Por una razón muy sencilla, Butler; porque conocía al hombre que se la llevó de allí.

—¿Es posible?

—Claro que lo es. Susana tenía una pistola y hubiera disparado; pero la persona que la sacó de allí era un conocido, quizá un amigo. Un falso amigo, desde luego; pero lo cierto es que Susana se sintió segura y creyó positivamente que iba a ser salvada. Por eso salió con aquel hombre. Luego debió de comprender su error; pero el daño ya estaba hecho.

—¿Y quién puede ser?

—¿El misterioso *Equis*? No sé. Susana conocía muy pocas personas en Nueva York. Podrían contarse con los dedos de una mano y aun sobrarían dedos. Pero lo malo es que no puedo recordar a quienes ha visto... Ben Lawton, Israel Brown... Sí, tal vez...

Buscando una guía de teléfonos de Nueva Jersey, Duke la abrió por la B, y buscó afanosamente.

—¡Tres Ismaeles Brown! Los llamaré a todos.

El primer Ismael Brown que fue arrancado de su cama por la matinal llamada, casi se tragó el teléfono ante la indignación que le produjo el error; pero el segundo resultó ser el legítimo Ismael Brown.

—¿Quién dice usted que es? —preguntó.

—Duke Straley, el caballero que acompañó a la señorita Cortiz.

—¡Ah! ¿Y qué quiere?

—Que venga en seguida a Nueva York. La señorita Cortiz ha desaparecido.

—¿Y a dónde he de ir?

—Diríjase al Hospital Bellevue, en la Primera avenida entre las calles veintiséis y veintinueve Este. No pierda ni un momento.

—Está bien, iré en seguida.

Después de colgar el teléfono, Duke volvió a tomar la nota de «X».

—¿Qué te parece esta firma, Butler?

—Una equis, señor.

—Sí, ya lo sé; pero ¿por qué firma con una equis?

—Equis es sinónimo de entidad desconocida. Quiero decir que cuando alguien quiere firmar un anónimo, escribe una equis, ¿eh?

—Según que personas sí; pero nuestro amigo *Equis* me parece demasiado inteligente para recurrir a semejantes sistemas infantiles.

—Lo cierto es que firma con una equis —insistió Butler.

—Es verdad. Firma con una equis, y lo mismo hubiera sido que firmara con una «A» una «B» o una «Y». Pero ese hombre es vanidoso, Butler. Se sabe muy inteligente y a veces los hombres inteligentes cometen graves tonterías. Cuando un hombre no está seguro de sí mismo, no se expone a riesgos innecesarios. En cambio el que está convencido de su superioridad sobre los demás corre riesgos innecesarios. Creo que la solución del misterio está en esa «X».

Interrumpiéndose bruscamente, Duke corrió hacia su biblioteca y de un estante retiró la última edición del «*Quién es Quién en América*», hojeó hasta llegar a la B. Varias páginas enteras estaban dedicadas a los Brown; pero al fin Duke encontró lo que deseaba: «*Brown, Ismael Xenophon. Nueva Jersey. Nació en el 18...*». No leyó más. Durante unos minutos permaneció con la mirada fija en el vacío. Al fin la voz de Butler le arrancó de sus meditaciones.

—El señor Mehl le llama por teléfono.

Regresando al salón, Duke tomó el teléfono y preguntó:

—¿Qué ocurre, Max?

—Kallas ha muerto, Duke. Se le hizo una transfusión de sangre, pero todo fue inútil. Cuando llegó estaba ya casi muerto.

—Está bien. Iré en seguida hacia allí.

Capítulo 11

EL SEÑOR BROWN ABANDONA LA ESCENA

Duke fue guiado hasta la sala de urgencias y penetró en el quirófano. Tendido sobre una camilla de ruedas estaba el cuerpo de Jack Kallas. Habíase lavado la sangre de su rostro, y en la muerte el famoso gangster había adquirido una expresión de infinita paz. En un brazo se veía el vendaje de la transfusión.

—¡Pobre hombre! —suspiró el doctor Adan—. Hicimos todo lo posible por salvarlo; pero quizá haya sido mejor para él que todo haya terminado así.

—Tal vez —replicó Duke, sin levantar la vista del cadáver.

—¿Hubiera ido a la silla eléctrica? —siguió preguntando Vincent Adan.

—Desde luego —contestó Max—. Tenía demasiados crímenes sobre su conciencia; pero la muerte así es menos espectacular y, por lo tanto, menos aleccionadora. Yo soy contrario a la pena capital; pero admito que es muy útil, especialmente como lección para los que bordean las fronteras de la ilegalidad.

—¿Qué haremos con el cadáver? —preguntó Adan—. ¿Tiene familia?

—No creo —contestó Max—. No, desde luego, no tiene. Habrá que enterrarlo en la fosa común.

—En estos casos se simula un entierro —dijo Adan—. Es decir, se entierra una caja vacía y el cuerpo se utiliza para experimentos de disección. A usted, señor Straley, eso debe parecerle muy horrible.

—También yo estoy habituado a ver cosas horribles, doctor. Bajemos al vestíbulo, Max. Espero una visita muy interesante.

—¿Al señor *Equis*?

—Tal vez. Por lo menos tiene una *equis* en su nombre.

Cuando descendían a la planta baja, en medio de la calma nocturna del hospital, Max preguntó:

—¿Has averiguado algo de la señorita?

—No. Pero *Equis* me ha enviado una nota pidiendo rescate. Dos millones si quiero volver a ver viva a Susana Cortiz.

—¡Dos millones! ¡Caray!

—Sí; y los daría con gusto si no supiera que serían dos millones tirados, pues el señor *Equis* no pondrá jamás en libertad a Susana, como no sea después de mutilarla como mutiló a Gilbert.

—¿Crees que sería capaz de semejante cosa?

—Sí, estoy seguro. Por eso no puedo hacer nada.

—¿Y quién es ese *Equis* que va a venir?

—Ismael Xenophon Brown. Un notario de Trenton. Una de las pocas personas a quienes Susana Cortiz conocía por estos alrededores.

—¿Sospechas de él?

—Sospecho de todo el mundo menos de ti, de Butler y de mí.

—Gracias por incluirme entre los inocentes.

—No digo que sea inocente, Max: digo que no sospecho de usted. Puedo estar equivocado. Andando de por medio dos millones, hasta un jefe de Policía resulta sospechoso.

—¡Bah! ¿Es que no piensas hacer nada?

—¿Por quién?

—Por esa muchacha.

—De momento no corre demasiado peligro. Hasta después de las siete y media, o sea de la primera emisión de la *National Broadcasting Company*.

—¿Qué es eso? ¿Otro jeroglífico?

—De momento sí; pero al fin resultará la solución de todo el problema. Pero, ahí viene el señor Brown; se ha dado una prisa maravillosa.

—¡Hola! Señor Straley —saludó el notario—. ¿Qué sucede?

—Ha desaparecido la señorita Cortiz. ¿Sabe usted algo de esa desaparición?

—No... no sé nada. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Por qué me han citado aquí?

—Porque yo tenía que venir y además quería que identificara cierto cadáver. Supongo que siendo notario habrás visto los suficientes cadáveres para no sentir ninguna emoción, ¿verdad?

—Desde luego, ya he dejado atrás mis primeras emociones —sonrió Brown—. La primera vez en que se me murió un cliente en el acto de redactar su testamento, casi me puse enfermo; pero eso ya pasó.

—¿De quién es el cadáver que tengo que examinar?

—De un gangster. Acompáñenos.

Ante el cuerpo de Kallas, Brown no acusó ninguna emoción.

—¿Le conoce? —preguntó Dulce.

El notario movió negativamente la cabeza.

—No... no le he visto nunca... hasta ahora.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿No le visitó en su oficina?

—No.

—¿No fue él quien le ofreció los treinta mil dólares por los terrenos de la señorita Cortiz?

—No, no. Estoy seguro de que no. Aquel hombre... No le vi muy bien, pues llevaba lentes; pero le reconocería por un detalle...

En este momento se apagaron las luces de la estancia y una puerta se abrió violentamente. Oyéronse unos suaves pasos y un grito de agonía resonó en el

quirófano.

Duke quiso lanzarse hacia la puerta; pero un puño le alcanzó en el rostro, echándolo hacia atrás; luego la puerta se cerró y se oyó girar la llave en la cerradura.

—¡Enciende tu linterna, Duke! —pidió Max.

—Se ha roto —replicó Duke—. Encenderé una cerilla...

No fue necesario, pues en aquel momento se encendieron las luces. En el suelo se veía el cuerpo de Ismael Brown, y ni Duke ni Max necesitaron mirarlo dos veces para comprender que estaba muerto. Un afilado bisturí se encontraba aún en la garganta del notario.

—¡Es lo única que me faltaba! —gimió Max—. ¡Pobre hombre! Pero ¿por qué no te quedaste en San Francisco, Duke? ¿Es que donde quiera que vas te persiguen las rachas de asesinatos?

—Temo que sí. ¡Pobre hombre! Si no le hubieses hecho venir seguramente nada malo le habría ocurrido; pero hasta hace un momento no tuve la seguridad de su inocencia. Le creí un poco culpable...

Varios médicos, enfermeros y enfermeras entraron en el quirófano. El doctor Adan, en pijama y bata, figuraba entre ellos, y él fue quien, por estar encargado de aquella sala, examinó el cuerpo de Brown.

—Está muerto —dijo—. Le seccionaron la yugular.

—¿Conoce ese bisturí, doctor? —preguntó Duke.

El cirujano lo examinó un momento.

—Es de un tipo muy corriente —dijo—. Como los que usamos la mayoría de los cirujanos.

—¿Puede ser de este Hospital? —preguntó Max.

—Podría serlo.

Y la mirada de Adán se posó en un armario de cristal que se encontraba en un lado del quirófano y sobre cuyos estantes se veía una gran profusión de instrumentos.

—No, de ahí no ha sido cogido —dijo Duke—. ¿No hay otro quirófano?

—Hay varios más —replicó Adan—. Pero no sería necesario haberlo cogido del hospital. Un bisturí como éste puede comprarse en cualquier establecimiento dedicado a la venta de instrumental quirúrgico.

—Tengan la bondad de desalojar la sala —pidió Max—. ¿Han averiguado la causa de la interrupción del suministro de luz?

—Un cortocircuito —explicó uno de los enfermeros—. Se fundieron los fusibles.

Duke salió del quirófano por la puerta que daba al pasillo y que ya había sido abierta y vio que la lámpara que iluminaba el rótulo indicador de que el quirófano estaba ocupado había sido retirada y por medio de un objeto metálico se había producido el cortocircuito.

Cuando volvió a entrar en el quirófano, Duke en vez de examinar el cadáver de Brown dedicó, ante el asombro de Max, toda la atención al cuerpo de Kallas.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó el Jefe de Policía.

—Algunas cosas; pero hasta las siete y media no podré probar mis sospechas. Le aguardo en el salón de fumar. Adiós.

Max fue a decir algo, pero estaba demasiado preocupado con sus propios problemas para querer ocuparse de los ajenos. ¿Cómo le pondrían los periódicos al día siguiente, cuando se supiera que un hombre que se encontraba a menos de un metro de él había sido asesinado sin que el asesino pudiera ser detenido?

Capítulo 12

EL MISTERIOSO SEÑOR X

El locutor de la emisora N. B. C. tenía la mirada fija en el reloj. Cuando señaló las siete y media de la mañana, el locutor golpeó con la macita de corcho los tubos metálicos suspendidos de unas delgadas cadenas y de los cuales brotó la conocida señal de iniciación de programa. Después de dar los buenos días y desear muchas prosperidades a sus oyentes, el locutor comenzó a dar lectura a las noticias más importantes.

Duke, sentado junto a un pequeño receptor de los utilizados para los enfermos del hospital, volvióse hacia Max, que estaba a su lado y dijo:

—Ya ha llegado el momento.

—¿De qué?

—De descubrir al culpable.

—¿Al misterioso señor *Equis*?

—Sí pero no olvide una cosa, Max. Quiero que ese hombre se siente en la silla eléctrica. Nada de muertes rápidas y cómodas. Si hay que atacarle hágalo con los puños; pero guarde el revólver.

—¿Quién es el culpable? O, por lo menos, ¿de quién sospecha?

—A su debido tiempo lo sabrá. Vamos.

Uno de los ascensores los condujo hasta el piso indicado por Duke. Seguido por el jefe de Policía, el millonario recorrió el pasillo y haciendo seña a su compañero para que evitara todo ruido, escuchó atentamente por la cerradura de una de las puertas. La voz del locutor de radio llegó hasta él:

—Nos ha pedido el señor Straley, el famoso Duke Straley, que retransmitamos su conformidad con la carta que recibió ayer noche. Los dos serán entregados contra fotografía de persona interesada. Esta debe ser enviada al apartado de Correos número quinientos setenta. Repito, la fotografía debe ser enviada al apartado de Correos número quinientos setenta...

Incorporándose, Duke cargó contra la puerta, que se abrió violentamente hacia dentro. El doctor Vincent Adan se volvió de junto al aparato y quiso esconder una hoja de papel que tenía entre las manos.

—Es inútil, señor *Equis* —dijo Duke—. Es demasiado tarde.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Adan—. ¿Y qué significa esta

intromisión en mis habitaciones?

—¿Por qué escucha la radio a estas horas, doctor, después de una noche tan mala?

—¿Está prohibido escuchar la radio?

—¿Y por qué ha anotado el número del apartado de Correos? ¿Es que piensa enviar allí alguna fotografía? No, es inútil que trate de romper el papel. Por muchos que fueran los pedazos podríamos reconstruirlos y leer lo que ha escrito. Ha sido listo; pero se halla demasiado convencido de su listeza. Eso es un error que se paga en la silla eléctrica.

—Está usted divagando, señor Straley.

—Por desgracia para usted no ocurre eso. No divago. Y voy a probarle que...

En este momento, sin previo aviso, el puño de Duke ascendió con violenta e implacable precisión contra la mandíbula de Vincent Adan, que se desplomó sin sentido en el instante en que de debajo de unos papeles que tenía a su espalda sacaba una pistola automática.

¡La pistola automática que Duke había entregado a Susana Cortiz!

—Es la última prueba que nos faltaba —sonrió Duke.

—Pues yo no lo veo tan claro —dijo Max.

—Ponga las esposas a *Equis* y mientras tanto yo bajaré a hacer unas averiguaciones.

Duke salió del cuarto y dirigiéndose al despacho de recepción, del que acababa de hacerse cargo su admiradora, pidió:

—¿Qué enfermos entraron ayer en el Hospital? Bueno, no pierda el tiempo diciéndome todos sus nombres. Se trata de una mujer y creo que la hizo ingresar el doctor Adan.

—¡Ah, sí! Una pobre joven que sufrió quemaduras en el rostro. Tiene toda la cabeza llena de vendajes y hubo que inyectarle mucha morfina.

—¿Dónde está?

—En una habitación particular. El doctor dijo que la llevásemos allí. Es la habitación mil doscientos uno.

Duke corrió al ascensor y pidió que le subieran al piso que correspondiese la habitación mil doscientos uno.

Al abrir la puerta comprendió que no se había equivocado. La mujer que yacía en la cama del cuarto mil doscientos uno era Susana Cortiz, a pesar del vendaje que sólo dejaba al descubierto la boca. Con unas tijeras comenzó a cortar el vendaje y, al fin, apareció el rostro, limpio de toda quemadura, de Susana Cortiz, sumida en un profundo sueño.

—Que suba en seguida un médico a la habitación —pidió por teléfono.

Y cuando el doctor llegó, le encargó:

—Haga lo posible por librar a esta joven de los efectos de la morfina.

Regresando luego a la habitación de Adan, sentóse en una de las sillas y dirigiéndose al médico, declaró:

—Ha jugado y ha perdido, Adan.

—¡Insisto en que está cometiendo un error!

—No lo creo. Tenemos ya todas las pruebas que nos faltaban. Incluso a la señorita Cortiz, o sea la paciente del cuarto mil doscientos uno.

Adan acusó visiblemente el golpe, y de sus ojos desapareció toda huella de seguridad en sí mismo.

—Estaba usted seguro mientras a nadie se le ocurriera sospechar de usted — siguió—. Pero en cuanto empecé a sospechar, las pruebas saltaron a mis ojos.

—¿Cómo llegaste a sospechar de él? —pidió Max—. ¿De veras tienes pruebas?

—La principal la proporcionará la señorita Cortiz. Ella nos dirá quién fue el hombre que la sacó de casa de Kallas. Y también nos dirá que fue Adan quien telefoneó a la Policía denunciando el escondite de Kallas.

Dirigiéndose a Adan, Duke prosiguió:

—Todo está claro, señor *Equis*. Usted es un hombre inteligente y al saber por Gilbert, el marinero, que en la gasolinera de Tobías Cortiz iban los millones que debían de encontrarse en el fondo del mar, comprendió que no se le presentaría jamás una oportunidad semejante de hacerse rico. Gilbert habló mientras estaba sin sentido, y luego cuando usted le propuso asociarse con él, aceptó, porque él solo no podía hacer nada. Usted en los primeros tiempos de su carrera trabajó para algunos pistoleros que necesitaban que se les hicieran transformaciones en la cara. Así conoció a Kallas, y a él acudió proponiéndole el negocio. Su plan, que fue el llevado a cabo, consistía en deshacerse de Gilbert y realizar el negocio a partes iguales con Kallas y su banda. Como Gilbert les estorbaba, al saber que yo le buscaba, lo mataron. En un momento usted lo mutiló y calculó certeramente la hora de su muerte. Fue una operación realizada en una ambulancia. Pero cometió el error de desafiarme. Un error muy propio de un hombre tan lleno de vanidad como usted. Y esa misma vanidad fue la que le impulsó a usar la firma de «*Equis*».

Adan permanecía impasible con los labios apretados y la mirada fija ante él.

—¿Qué importancia tiene esa equis? —preguntó Max.

—No es una equis —replicó Duke—. Se trata de las iniciales del señor Adan, colocadas una encima de la otra. Así.

Duke cogió un taco de notas de encima de la mesa, junto a la radio, y con el lápiz dibujó:

—Si juntamos los vértices de la V y de la A, tenemos una equis.

—O sea, Vincent Adan. Doctor, no pudo usted resistir la tentación de ofrecernos un jeroglífico; pero se lo hemos resuelto. Después de haberlo dispuesto todo para que Kallas se matara al tratar de huir de la Policía, narcotizó a la señorita Cortiz, a quién fingió salvar de su encierro. La hizo ingresar en el Hospital, bajo un nombre supuesto y como sólo usted debía cuidar de ella, podía tenerla aquí el tiempo necesario antes de matarla y conducirla al laboratorio de disección, donde se hubiera borrado toda huella de su paradero. Muy astuto; pero al llegar aquí Kallas vivo y con posibilidades

de salvación, usted se vio obligado a actuar. Una transfusión de sangre le habría salvado, y por ello, mientras la preparaba usted, lo dispuso todo para asesinarle. Aprovechando un descuido de la enfermera que le ayudaba, clavó en la nuca una aguja de inyecciones. Lo asesinó muy limpiamente, y como nadie podía sospechar... Pero la llegada del señor Brown le obligó a cometer un nuevo asesinato. Brown le conocía, pues usted fue quien le visitó para comprar las tierras de la señorita Cortiz. En el momento en que iba a decir el señor Brown que a usted le reconocería por la verruga que tiene usted junto a la nariz, usted, que escuchaba en la puerta, provocó el cortocircuito y con un bisturí cometió su tercer crimen. Yo sospechaba de usted; pero no tenía ninguna prueba. Por eso comuniqué a la emisora de radio que transmitieran la respuesta a su carta. Usted tenía, forzosamente, que anotar el número del apartado, si era usted el culpable. Así lo hizo, y entonces, como ya no podía haber ninguna duda, todo estuvo claro. Por lo tanto tendrá que responder del asesinato de Edwin Gilbert, del de Jack Dallas y de Ismael Brown. Creo que hay más que de sobra para que le envíen a la silla eléctrica.

—Bien, ha ganado usted, señor Straley, le felicito —dijo Adan—. Sin embargo, reconocerá que todo estaba muy bien proyectado, y que la importancia del golpe merecía la pena... de exponerse. Claro que yo no pude imaginar que los billetes fueran falsos.

—Eran buenos, Adan; pero unas horas antes de que ustedes llegaran a la ensenada, la Policía hizo bajar un buzo que obtuvo las cajas que contenían la fortuna que Tobías Cortiz había ocultado el año veintinueve y de la cual nadie tenía la menor idea. En lugar de los billetes buenos dejamos una suma igual en billetes falsos que fueron los cogidos por ustedes. Y para su tranquilidad debo decirle que Prescott no murió. Yo le esperaba en el fondo del mar y le proporcione otro tubo de aire.

—Siempre será algo en mi favor, ¿no? —preguntó Adan.

—No, ya sabe usted qué no. Y aunque creo que pierdo el tiempo tratando de moralizar con usted debo decirle que ni todas las riquezas del mundo juntas justifican un asesinato.

—Eso depende de como uno piense, señor Straley. ¿Cómo fue que no le matamos al disparar contra usted?

—Porque no dispararon contra mi, sino contra mi imagen reflejada en un espejo de metal.

—Entonces mi esquela se perdió.

—Sí.

—Bien, señor Straley, cuando quiera puede llevarme a la silla eléctrica.

—Le prometo que el día en que usted vaya a ella, yo estaré allí. Un médico tiene grandes deberes con la humanidad. Cuando los olvida merece todo lo que usted va a sufrir y mucho más.

—Gracias por sus amables palabras. A sus órdenes, señor policía.

Y conducido por Mar Mehl, Vincent Adan abandonó la habitación, a cuya puerta

aguardaban varios policías más.

Epílogo

Susana Cortiz escuchó atentamente las palabras de Duke.

—Hasta él último momento creí que el doctor era un amigo —dijo—. Sólo cuando me aplicó a la boca un trapo con cloroformo comprendí la verdad; pero, no tuve tiempo de pensar en nada, pues hasta ahora no he recobrado el conocimiento.

Susana calló un momento y luego mirando a Duke preguntó:

—¿Y hubiera pagado los dos millones de mi rescate?

Duke tardó un momento en replicar, y cuando lo hizo fue con una amplia sonrisa y declarando:

—Una secretaria como usted vale dos millones y mucho más.

—¿Sólo porque soy su secretaria?

—¿Es que le gustaría que le dijese que estoy enamorado locamente de usted?

—¿De mí?

—Sí, de ti.

—¿No será de los dos millones que he heredado de mi tío?

—Es posible que también por eso, Susana. Creo que eran los que me faltaban para ser dueño de unos cincuenta.

Max Mehl, que entraba a conocer, por fin, a la señorita Cortiz, tuvo que salir precipitadamente so pena de ser indiscreto y exponerse a tener que ruborizarse.

—Nunca creí que encontrara una mujer capaz de cazarle —dijo a uno de sus ayudantes.

—Hay quien dice que Duke Straley es más escurridizo que una anguila —replicó el otro—. Quizá escape.

—Tal vez; pero ahora me parece qué está bien cogido. No hay mano tan fuerte como la débil mano de una mujer. Y eso es una verdad completa que leí en un libro de proverbios chinos.

—Entonces si que es toda una verdad —rió el otro policía.

FIN